

Revista

de

Ciencias Económicas

Publicación mensual del "Centro estudiantes de ciencias económicas"

Director:

Rómulo Bogliolo

Administrador:

Roberto E. Garzoni

Sub-administrador:

Rafael Sánchez

Redactores:

**Italo Luis Grassi - Mauricio E. Greffier - James Waisman
Juan R. Schillizzi - Juan F. Etcheverry - José E. Griffi**

Año VII

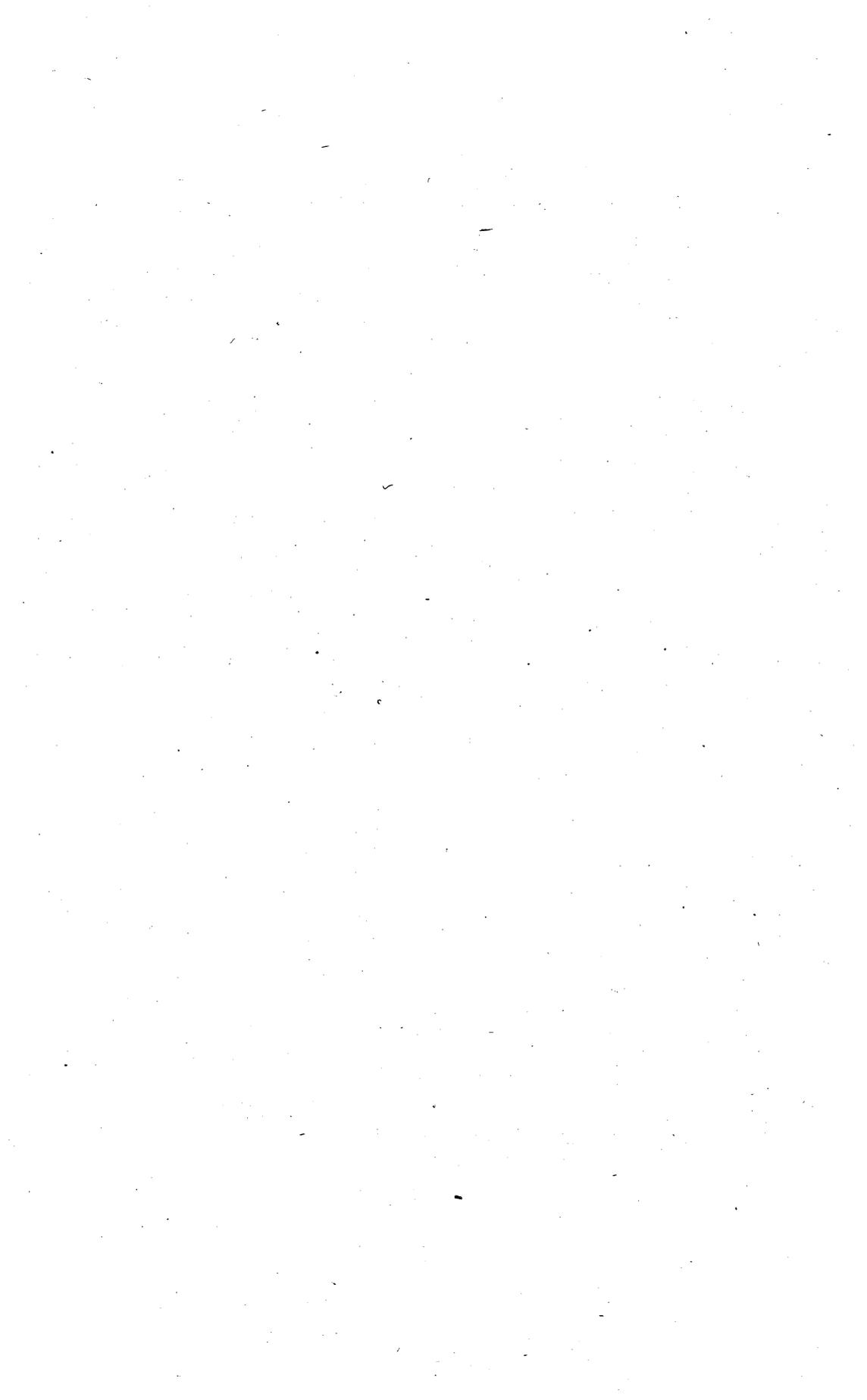
Noviembre de 1918

Núm. 65

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

CHARCAS 1835

BUENOS AIRES



La inferioridad económica de los argentinos nativos

CONSIDERACIONES PRELIMINARES

La ausencia de toda estadística de salarios medianamente comprensiva y metódica hace imposible formarse una noción directa y precisa del nivel de vida de nuestros trabajadores. Pero teniendo en cuenta que hay entre ellos dos grupos socialmente caracterizados por su origen, el cual determina una serie de diferencias de costumbres y aptitudes económicas — los nativos y los inmigrantes — he acudido a la comparación de unos y otros mediante las estadísticas de ocupación, nupcialidad, natalidad y mortalidad. La calificación profesional es hasta cierto punto un índice del nivel de vida, y la demografía lo es también en igualdad de condiciones de ambiente.

Esta investigación permite al menos hallar una respuesta positiva a la cuestión del grado de progreso técnico y económico alcanzado por nuestra población nativa y, al mismo tiempo, en que medida contribuye la inmigración a las actividades económicas superiores del país.

Recordemos que los grandes fundadores de la nacionalidad, deseosos de acelerar el progreso cultural, consideraron como el medio más eficaz la atracción y el arraigo de una gran masa de inmigración europea, para transformar la vasta llanura semidesierta e inculta en verdadera nación, incorporando a su escasísima población pastoril y seminómada el esfuerzo de pueblos de cultura agrícola e industrial. Sería redundancia, si no fuera que ahora, justamente cuando no tenemos más inmigración ni la tendremos por muchos años, se ha dado en hablar sobre seleccionarla y restringirla; y con ese pretexto, se ha caído en la denigración del extranjero, en una forma

que sería prueba flagrante de mala fe si no fuera inspirada por la frivolidad y el prejuicio retrógrado contra las fuerzas progresivas.

Sin duda, el fomento de la inmigración europea que prescribe el artículo 25 de nuestra constitución, y su prohibición expresa de restringir, limitar y gravar la entrega en el territorio argentino "de los extranjeros que traigan por objeto labrar la tierra, mejorar las industrias", etc., se han interpretado en una forma muchas veces perjudicial, por sus consecuencias contrarias al bienestar "para todos los hombres del mundo que quieran habitar el suelo argentino". Se ha fomentado sistemáticamente *cualquier* inmigración, y no con el objeto de labrar la tierra o mejorar las industrias sino con el de empeorarlas: rebajando los salarios mediante el aflujo de un exceso de competidores. Se ha rechazado toda selección inteligente y liberal, no solo compatible con el precepto constitucional sino en obediencia del mismo; se ha dado carta blanca para atraer al país con promesas engañosas multitudes de proletarios analfabetos y sin oficio, que en vez de aumentar su producción han pesado sobre ella, por no encontrar ocupación suficiente.

Pero una cosa es poner término a estos abusos y otra calumniar al inmigrante después de haberlo llamado entre nosotros. Y a pesar de los inconvenientes accesorios indicados, son evidentes las inmensas ventajas que la Argentina debe a su inmigración.

Dada esa evidencia que salta a la vista del más prevenido contra el "extranjero", parece cuento que haya hombres de estudio que pretendan haber descubierto a última hora que nada o poco menos que nada debemos a los inmigrados, sino más bien un positivo perjuicio económico. Pero como los hay, conviene comenzar por esas objeciones que se ha pretendido presentar como conclusiones científicas.

Se ha llegado a decir y a publicar lo siguiente: "Si analizamos las profesiones y medios de vida del extranjero en las ciudades y pueblos, vemos que *su ocupación predilecta es comerciar. Son, en su mayoría, intermediarios que se pasan los productos de unos a otros, como pelota de foo!ball, hasta encarecerlos en forma inaudita*". Trascribo esa afirmación en bastardilla, porque es realmente inaudita.

Tamaño aserto parte de la comprobación de que la gran mayoría de los inmigrantes se radica en las ciudades y pueblos, y con preferencia en los grandes centros de distribución.

La causa es tan obvia que enunciarla es casi una perogrullada: los inmigrantes son en su casi totalidad proletarios; vienen pues en busca de un salario, y es en los grandes núcleos fabriles y comerciales donde pueden encontrarlo más fácilmente y más remunerador. Por otra parte, los países coloniales son esencialmente agrarios y lo que atrae la inmigración más calificada es la explotación de sus industrias nacientes. Más bien es una anomalía que la Argentina haya asimilado varios centenares de miles de inmigrantes agricultores, anomalía que se debe a ser casi exclusivamente pastoril la rudimentaria civilización criolla. De manera que el descubrimiento mencionado es una vieja novedad. Pero lo sabroso es la conclusión a que conduce en silogismo tácito: si la ocupación predilecta de los extranjeros en las ciudades y pueblos es comerciar, al punto de que en su *mayoría* no hacen otra cosa que encarecer los productos en forma inaudita, como las tres cuartas partes viven en ciudades y pueblos, quiere decir que el extranjero en la Argentina es en la mayoría absoluta de los casos un simple parásito...

Los únicos verdaderos productores serían los argentinos... Mientras el simple y honrado argentino produce la riqueza del país, el astuto extranjero, invitado generosamente a su casa, se acapara todo lo mejor, dejando al inocente huésped solamente los restos... ¡Y éste cree, sin embargo, que es su más fecundo colaborador!... Se explica así que se ose recomendar una política de "restricción", aunque la prohíbe la constitución nacional. Es lo menos que puede hacerse, dado que no cabe la expulsión, y menos el remedio radical: una degollina general de extranjeros.

Tan grave insinuación aparenta basarse en datos estadísticos, pero calla justamente el esencial: *cuántos* son esa "mayoría" de los extranjeros cuya única ocupación consiste en pasarse los productos de unos a otros hasta encarecerlos en forma inaudita. Y las cifras mencionadas para insinuar que los únicos verdaderos productores son los argentinos, y que los extranjeros desempeñan principalmente la función de intermediarios y directores, han sido manejadas en una forma que constituye otras tantas faltas de método.

Se ha tomado como base el total de *varones* nativos e inmigrados entre 20 y 60 años de edad, y redondeando las cifras con exceso. Los totales redondos exactos son 953.000 argentinos y 1.135.000 inmigrados. Se dice luego: "de los 950.000 argentinos, 435.000 se dedican a la producción rural, o sea

casi la mitad”, mientras que del 1.150.000 extranjeros “sólo unos 200.000 se dedican a los trabajos rurales”. Ahora bien, pasando por alto los 15.000 que se obsequia a los extranjeros, ocurre con esa comparación lo siguiente: los varones adultos inmigrados se confrontan con el número real de los que, de entre ellos, trabajan en el campo; pero los varones adultos nativos son comparados con una cantidad de procedencia misteriosa, muy superior al total de varones nativos y aún de mujeres que trabajan en el campo... Es pues posible que se haya tomado toda la población rural nativa. En todo caso, la cifra auténtica de argentinos varones dedicados a tareas rurales es solo de 289.000, lo que no llega a la cuarta parte del total de argentinos ocupados de 15 años arriba, que son 1.240.000. Hay pues una pequeña diferencia, del doble justo.

Y si los varones nativos que trabajan en el campo son el 23,2 por ciento de la población activa total de igual origen, los inmigrados en iguales condiciones alcanzan al 15,1 por ciento de su respectivo grupo (199.411 sobre 1.249.312 varones ocupados de origen extranjero) lo que es enorme si se tiene presente que los nativos forman parte de un grupo radicado en el país desde hace más de tres siglos y dueño de su suelo, y los inmigrados han venido en su casi totalidad en los últimos treinta años.

¿Y dónde está esa “mayoría” de intermedios entre los inmigrados? El censo de las profesiones (tomo IV) da 171.000 extranjeros en ocupaciones comerciales para 102.000 argentinos, y el censo del comercio da para el personal de las empresas comerciales, en números redondos, 150.000 argentinos y 17.000 extranjeros. La estadística profesional demuestra que solo un varón inmigrado de cada siete se dedica a su “ocupación predilecta” de comerciar, mientras que el *cuarenta por ciento* se dedica a la “producción” en el campo y en las industrias, proporción superior a la de los nativos ocupados en estos dos ramos, que es solo del 38 por ciento.

Siguiendo el mismo método de comparar cantidades heterogéneas, lo que en estadística equivale a comparar huevos con tranvías, y siempre para demostrar que los argentinos se dedican a la producción y los extranjeros a vivir a expensas de ella, se ha confrontado el total de varones de 20 a 60 años con las cifras englobadas de varones y mujeres registrados en las “industrias y artes manuales”. Procediendo así se olvida, además que hay tres veces y pico más nativas solteras y viudas que inmigradas, y son éstas ellas que dan casi todo el contingente de la ocupación femenina.

Es pues muy conveniente investigar con métodos precisos y claros — en ello consiste la lealtad científica — el verdadero papel de los nativos y de los inmigrados en la economía nacional, y valorarlos unos con otros. Es tarea patriótica en el verdadero sentido, pues el patriotismo no consiste en ocultar la verdad, y menos en adulterarla nublando la visión de la realidad a fuerza de incienso, sino en mirarla tal cual es, para mejorarla de acuerdo con nuestros deseos.

I.—FORMAS DE OCUPACIÓN COMPARADAS

Análisis general. — Hay que determinar ante todo la población ocupada, según categorías nacionales y sexo. Sus totales se obtienen, para cada uno, deduciendo de las cifras brutas que dan las desordenadas tablas del censo de las profesiones los que en ella figuran como “sin profesión” y los “rentistas”, que son una de las “profesiones” censadas. Obtenemos así las siguientes cantidades básicas:

Ocupados de 15 años arriba	Argentinos	Inmigrados
Varones	1.243.957	1.249.312
Mujeres	494.571	191.941

Estas cifras *reales* deben ser la base, y nó las cantidades arbitrarias de los varones entre 20 y 60 años, que preseinden de las muchas decenas de miles por debajo y por arriba de esa edad que el censo ha registrado como ocupados. Y compararemos a las mujeres con mujeres, y a los varones con varones, porque no nos gusta en caso alguno el método de comparar huevos con tranvías.

Encontramos entonces, en concordancia con lo observado en todos los países de inmigración, que la proporción de varones de origen extranjero ocupados en la industria y el comercio es relativamente al total de los mismos notablemente mayor que entre los nativos. Se dedican a las “industrias y a las artes manuales” 305.011 varones inmigrados, o sea el 24,4 por ciento del total de éstos, contra sólo 183.227 nativos, que representan el 14,7 por ciento del total de los mismos. En el comercio, como empresarios o empleados los 170.754 inmigrantes que forman el 13,6 por ciento de los mismos, contra 101.675 nativos que forman un 8,2 por ciento de los ocupados. Mientras ejerce una industria o arte manual un varón inmigrado de cada cuatro solo la práctica un nativo de cada siete.

Al comercio se dedica un nativo de cada doce, contra un inmigrado de cada siete. Sin embargo, no todos los intermediarios figuran como tales en las caóticas tablas del censo. Bajo el rubro de agricultura y ganadería hay varios: abastecedores, acopiadores de frutos, cerealistas, etc. Entre ellos, contra lo que me esperaba, los argentinos son más del doble que los extranjeros en las cifras brutas, y un 60 por ciento más en las relativas.

El número de varones nativos dedicados a tareas rurales resulta inferior al que pudiera esperarse teniendo en cuenta el predominio de los nativos en la población de las campañas y ambulante. Pero es posible que entre los muchos que el censo ha registrado como "jornaleros" entre las profesiones varias, una gran parte trabaje periódicamente en las cosechas.

Las cifras globales solo dan una idea muy incompleta de las formas de ocupación. La clasificación censal de las mismas es tan deficiente que el grupo más considerable de todos es el de las "designaciones generales". Bajo su rubro el número de "jornaleros" es superior al de cualesquiera otros grupos profesionales: 377.269 varones nativos y 324.316 inmigrados, lo que da respectivamente un 30,3 y un 25,9 por ciento. Agregando los peones, son 34,4 y 30,6 por ciento. Son, sin duda, los trabajadores por lo general menos calificados y remunerados.

En el conjunto de todas las formas de trabajo, incluso los estudiantes, soldados, etc., los totales dejan un remanente de 164.360 nativos y 118.402 inmigrados "rentistas" y sin profesión. La proporción de desocupados sería pues entre los primeros del 11,7 por ciento — uno de cada ocho — y del 8,7 por ciento — uno de cada doce — entre los segundos. No deduciremos sin embargo de este hecho, que revela tantos varones argentinos desocupados como "intermediarios" extranjeros, la conclusión de que la "mayoría" de los argentinos prefiere no hacer nada...

En el número de los que no trabajan o que se han atribuido ocupaciones indeterminadas se observa una relación contraria entre las mujeres nativas y las de origen extranjero. De las primeras registró el censo 494.571 sobre un total de 1.464.526, y de las segundas mucho menos de la mitad: 191.935 sobre 786.357. Trabajaría pues por dinero una de cada tres nativas mayores de 15 años, y sólo una de cada cuatro extranjeras. Y digo "por dinero", porque sólo figuran como

estudiantes y en ocupaciones no remuneradas poco más de 10.000 nativas.

- La observación de otros países demuestra que son una minoría relativamente pequeña las casadas que trabajan profesionalmente. Entre las viudas, la proporción de mujeres ocupadas es un término medio entre las casadas y las solteras. Conviene pues hacer la comparación de las ocupadas con las solteras y viudas. Ella es quizá más exacta en nuestro caso, que la antes hecha, debido a la muy diferente matrimonialidad de las nativas y las inmigradas. Y al menos, es otra manera de encarar la cuestión. Esa comparación da un resultado contrario al de la anterior: las nativas ocupadas son 57 por cada 100 solteras y viudas (total de 868.000) y las extranjeras 73 (total de 262.000). De este hecho fluye indirectamente una conclusión de no escaso significado. Si en el total de las inmigradas es menor la proporción de las mujeres que trabajan y, en cambio, ella es mayor entre las solteras y viudas, quiere decir que entre las nativas son muchas más, relativamente, las *casadas que trabajan por dinero*. Hay entre las inmigradas una mayor proporción dedicadâ exclusivamente a los quehaceres domésticos, como esposas y madres, lo que es indicio de mayor capacidad económica de los maridos y menor explotación de la mujer.

En los grandes grupos de ocupación, considerados en conjunto, se observan otros contrastes no menos expresivos. El más numeroso es para las mujeres nativas el de las "industrias y artes manuales", donde lo son la inmensa mayoría de las costureras, "tejedoras" y lavanderas (210.000 contra 31.000 inmigradas), y suman ellas en total 284.855 contra solo 68.144 inmigradas. En este grupo de oficios figura pues el 58 por ciento de las nativas ocupadas, y solo el 34,4 por ciento de las inmigradas. Lo contrario se observa en el servicio doméstico, donde la cantidad absoluta de las nativas es mayor, pero la relativa dos veces menor que entre las inmigradas. Pero la diferencia más resaltante se observa en el comercio. La proporción dedicada a él es entre las inmigradas casi tres veces mayor que entre las nativas.

¿Podríamos concluir, de las cifras mencionadas, que, mientras sólo una pequeña minoría de los varones nativos se dedica a la industria, las mujeres nativas son las industriales por excelencia? Sería un disparate tan grande como el de englobar ambos sexos en este rubro censal. Porque el carácter de las ocupaciones que forman la casi totalidad del grupo de "in-

dustrias y artes manuales” de las mujeres, no admiten la menor aproximación con las masculinas de esa misma rúbrica general. Se trata de *artes domésticas* y no de oficios industriales propiamente dichos para la casi totalidad de las mujeres nativas registradas en ese grupo.

Entre los oficios más industriales, se invierte la relación entre las nativas y las inmigradas. En el más numeroso de ellos, de modista, las argentinas son solo el 9,8 por ciento del total de las clasificadas en las “industrias y artes manuales”, y las de origen extranjero el 26,4 por ciento. Sumando a este los oficios propiamente dichos más numerosos después de él (1) y agregando el de planchadora, que es más técnico que el de lavandera o costurera no especialista, tendremos para ellos 60.937 nativas y 33.749 inmigradas, que representan para los totales de mujeres ocupadas en los diferentes ramos el 12,3 y el 17,5 por ciento: una por cada 8 nativas y por cada seis inmigradas, respectivamente.

El análisis cuidadoso da pues para las formas de ocupación femeninas un resultado parecido al de las masculinas. El gran número de inmigradas que se dedica al servicio doméstico no contradice esta comprobación: la argentina se siente retraída de ese trabajo por la casa familiar y prefiere la costura o el lavado aunque sean menos remunerados, mientras que la inmigrada que toma servicio no tiene ese atractivo y busca tal vez, en la casa ajena, como una ilusión de la propia de que carece.

Por otra parte, de investigaciones parciales resulta que la gran mayoría del personal inmigrado de servicio doméstico es español, y que son las domésticas de esta nacionalidad las que ganan más bajos salarios, al menos después de las argentinas, cuya miserable remuneración fuera de las grandes ciudades es conocida.

Agrego a continuación dos cuadros, uno con las cifras absolutas y otra con las relativas de los ramos de ocupación más numerosas y separando siempre varones y mujeres:

(1) Son los de aparadora, bordadora, cigarrera, corsetera, lencera, “operarios de oficios varios”, peinadora, sastre, sombrerera y zapatera.

1—Principales rubros de ocupación (1914)

	Nativos		Inmigrados	
	Varones	Mujeres	Varones	Mujeres
Agricultura, ganadería, etc.	288.877	28.825	199.411	12.753
Industrias y artes manuales	183.227	284.855	305.011	68.144
Comercio	101.675	9.925	170.754	11.292
Servicio	6.915	103.598	28.993	79.113
Administraciones públicas	83.945	1.454	1.863	1.178
Instrucción y educación (2)	33.139	37.654	6.405	5.986
“Empleados”	31.097	2.072	41.895	520
“Jornaleros”	377.269	14.350	324.316	6.593
Totales ocupados...	1.243.957	494.571	1.249.312	191.941
Totales mayores de 15 años	1.408.317	1.464.526	1.367.714	786.357
% de ocupados....	88,3	33,7	91,3	24,3

2—Proporción de varones y mujeres ocupados en los principales ramos

	Argentinos		Inmigrados	
	Varones	Mujeres	Varones	Mujeres
Agricultura y ganadería	23,2	5,8	15,1	6,4
Industrias	14,7	57,6	24,4	34,4
Comercio	8,2	2,9	13,6	5,6
Servicio doméstico	0,5	20,9	2,3	39,9
“Empleados”	2,5	0,4	3,3	—
Administ. pública.....	6,7	—	—	—
Educación (3)	0,4	3,0	0,4	2,5
“Jornaleros”	30,3	2,9	25,9	3,3
Ocupados sobre el total de mayores de 15 años	88,3	33,7	91,3	24,3

Mayor calificación de los inmigrados. — Ya las estadísticas globales comentadas son demostrativas del carácter más calificado de las ocupaciones a que se dedica la mayoría de los inmigrados en edad activa, tanto mujeres como varones. Profun-

(2) 19.112 maestras mujeres y 27.790 estudiantes varones entre los argentinos, globalmente un 60 o/o de estudiantes entre ellos, y un 2. o/o entre los inmigrados.

(3) Menos los estudiantes.

dizando el análisis puede ello apreciarse con mucha mayor claridad.

El grupo más ilustrativo es el de la agricultura y ganadería. Esto, a pesar de algunas desinencias vagas, como "labradores" y "agricultores". Lo más probable, teniendo en cuenta el lenguaje del campo, es que la mayoría de los "labradores" son peones de chacra o huerta, y los "agricultores" son chacareros u hortelanos o miembros de la familia que ayudan al padre. Confirma esta presunción el gran número de mujeres registradas como agricultores (más de 18.000) contra uno casi veinte veces menor inscriptas como "labradores", y que el total de "chacareros" de la tabla censal es muy inferior al efectivo.

He clasificado las ocupaciones rurales en tres grupos: a) las que no lo son propiamente, poco numerosas, por lo cual no es indispensable eliminarlas del total; b) las de agricultura e industrias del campo, como los "tamberos"; c) las de ganadería y los leñadores u obreros uniendo a estos porque representan el trabajo más rudamente elemental, ejercitado por obreros de los menos calificados de todos. Para simplificar, he eliminado los grupos de ocupación menos numerosos, que no pueden dar tasas porcentuales. El resultado es el cuadro que sigue:

La ocupación en los principales ramos rurales

Industrias rurales	Argentinos		Inmigrados	
	Totales	%	Totales	%
Agricultores	131.880	45,6	138.711	69,5
Chacareros	4.825	1,7	12.169	6,1
Horticultores	1.193	0,4	7.994	3,9
Jardineros	595	0,2	5.510	2,8
"Labradores"	56.057	19,4	8.098	4,1
Tamberos	1.324	0,4	2.048	1,0
Totales	195.874	67,8	174.530	87,5
Ganadería y menos calificadas				
Criadores	2.987	1,0	1.271	0,6
Pastores	25.966	9,0	2.348	1,1
Estancieros	21.914	7,6	3.227	1,6
Hacendados	18.193	6,3	7.584	3,8
Leñadores	4.277	1,5	475	0,2
Peones	10.627	3,5	4.569	2,3
Totales	83.964	29,1	19.474	9,7
Totales generales.	288.877		199.411	

A pesar de que el total de varones nativos que trabajan en el campo es mitad mayor que el de inmigrados, todas las cantidades absolutas de las ocupaciones agrícolas son notablemente mayores para los extrajeros, con la sola excepción de los "labradores", jornaleros en su mayoría sino en totalidad.

Llama sobre todo la atención el contraste en las tareas que más preparación exigen: los jardineros y horticultores, cuyo número es entre los argentinos ocho veces menor que entre los extranjeros. Lo mismo ocurre en los cultivos "criollos" por excelencia que no figuran en ese cuadro, los viticultores y los yerbateros: los argentinos registrados son únicamente 384 contra 740 inmigrados. Las cifras relativas son todavía una mitad más elevadas. Hasta en esa industrialización de la ganadería que es el tambo predominan los inmigrados.

En resumen, de cada diez inmigrados que trabajan en los campos nueve se dedican a la agricultura, y de cada diez argentinos sólo siete. Y de éstos, dos trabajan en calidad de peones, en chacras o huertas en su casi totalidad pertenecientes a inmigrados. Si relacionamos estas cantidades con los totales de argentinos e inmigrados ocupados, la proporción de los que se dedican a tareas agrícolas es casi la misma para unos y otros: el 15 por ciento para los argentinos y el 14 para los inmigrados. Pero descontando los peones o "labradores", el número de los argentinos agricultores propiamente dichos desciende al 11 por ciento del total de ocupados.

Lo contrario ocurre en la ganadería. El importante total de casi 200.000 argentinos más o menos familiarizados con labores de cultivo es sin duda un progreso halagador, si se piensa en lo que sucedía hasta hace pocas décadas. Pero las cifras del cuadro demuestran que la ganadería sigue siendo la ocupación argentina por excelencia, en que el inmigrante es todavía una rareza.

En mucho mayor grado se comprueba esto entre las mujeres que trabajan en el campo, cuyo número no es insignificante, como ha podido verse. La argentina demuestra menor afición a esas pesadas labores que la inmigrada. Particularmente a las agrícolas. Se dedica a ellas solo la tercera parte de las argentinas del campo. En cambio, de las 12.753 inmigradas que en él trabajan, 11.647 fueron inscritas como agricultores, chacareros, horticultores y "labradores". De estas últimas, sin embargo, cuatro veces menos que las argentinas. En cambio, las cuidadoras de ganado forman cerca de la mitad del total de argentinas trabajadoras del campo.

En casi todos los otros ramos de ocupación pueden descubrirse iguales diferencias. Por ejemplo, los argentinos predominan entre los carreros y cocheros, los inmigrantes entre los chauffeurs y los motormen. Citar otros ejemplos sería demasiado nimio.

Pero conviene tener presente que el predominio de los extranjeros en los oficios más calificados se atenúan en ciertos casos en las grandes ciudades, aunque en otros parece acentuarse en ellas.

En Buenos Aires, los nativos varones registrados bajo el rubro de industrias y artes manuales son únicamente la cuarta parte del total de estos oficios, lo que está enteramente fuera de proporción con su número, que es en las edades activas de dos por cada cinco inmigrados. Eligiendo los oficios más calificados y numerosos se encuentran los mayores extremos e interesantes excepciones:

	Nativos	Inmigrados
Albañiles	3.936	22.050
Carpinteros	3.303	14.067
Electricistas	2.032	3.260
Herreros	3.471	6.773
Mecánicos	3.543	7.198
Sastres	1.514	10.377
Tipógrafos	2.072	1.233
Zapateros	3.242	10.281
Totales	23.113	75.199

Los electricistas, mecánicos y tipógrafos y algunos otros menos numerosos son los únicos oficios en que los nativos demuestran en la capital haber adquirido una aptitud igual o superior a la de los inmigrados. Tengamos bien presente que son aquellos en que hay más facilidades educacionales y mejor organización para el aprendizaje.

En el conjunto de las ocupaciones, las diferencias entre el nativo y el inmigrado son menores en Buenos Aires que en el promedio de la República. Particularmente entre las mujeres, donde las nativas no tienen el mismo monopolio como costureras y lavanderas.

Aparte de la mayor cultura escolar, conviene recordar que en Buenos Aires los nativos son en su mayoría hijos o nietos de inmigrados. Adquieren en el hogar las costumbres y tradiciones de sus padres y heredan, con su nombre, las aptitudes.

Sin embargo, la diferencia global persiste en Buenos Aires, y muy acentuada como lo veremos mejor en la segunda parte de este trabajo. A pesar de cierta inmigración cuyo nivel de vida es muy inferior al promedio de los asalariados de la metrópoli, y cuyo analfabetismo e ineducación técnica le hacen ocupar el último lugar entre ellos, como lo indica el hecho de que en Buenos Aires, contrariamente al conjunto del país, los registrados como "jornaleros" sin calificación alguna son casi todos inmigrados (51.400 de éstos entre varones y mujeres, contra 6.700 nativos).

Independientes y asalariados. — La clasificación por forma de ocupación solo procura una noción indirecta y general del nivel de vida, derivada de la mayor o menor cultura general y técnica que reclaman, la capacidad societaria que las acompañan, y el monto correlativo de la remuneración y el grado de inteligencia con que ella se administra. No nos dice esa clasificación cuántas de cada oficio son jefes de empresa, trabajadores independientes o asalariados. Podemos delimitar hasta cierto punto esta noción mediante los censos de las industrias y del comercio.

El censo de las industrias registró 48.779 empresas, pero no nos da el número de propietarios de las mismas, ni clasificación alguna del personal en las clásicas categorías técnico-económicas de los censos mejor llevados. Tampoco hay datos sobre los pequeños talleres más o menos domésticos, que son la gran mayoría, aún en la capital, ni se explican las bases adoptadas para la clasificación. Es pues muy poco lo que puede sacar en claro de sus cifras una investigación sociológica, pero trataremos de hacerlo.

Clasificados los establecimientos por la nacionalidad de sus propietarios, pertenecen a nativos 15.763, a inmigrados 31.483, y son "mixtos" 1.533. Esto es respectivamente, en porcientos, el 32,6, el 64,3 y el 3,1. Estas proporciones parecen señalar un progreso sobre el año 1895, en que sólo pertenecía a argentinos el 18,7 por ciento de los establecimientos censados, pero no precisan nada, ni en el monto de los capitales, ni en el valor de la producción, la cantidad de fuerza motriz y el personal ocupado por unos y otros. La estadística de estos elementos engloba a los establecimientos de nativos y de inmigrados. Tampoco se precisa la deuda de los mismos, que da la medida de la propiedad real.

La estadística del personal ocupado da resultados muy diferentes de los que podrían esperarse de los datos anteriores.

El número de obreros nativos varones y mujeres obreros de la industria era en 1913 algo mayor que el de inmigrados (210.000 contra 200.000). Su incremento relativo desde 1895 ha sido también mucho más considerable: el total se ha triplicado en ese período, mientras que el de inmigrados sólo se ha duplicado.

Este fenómeno es aún más acentuado en Buenos Aires capital y provincia. Mientras en la capital se contaban, en 1895, sólo 17.800 nativos asalariados de la industria para 62.000 inmigrados, en 1913-14 los primeros eran 55.000 y los segundos 87.000 en números redondos. Los nativos aumentaron pues en un 250 por ciento y los inmigrados sólo en un 50 por ciento. En la provincia, el número de nativos asalariados de la industria se ha multiplicado por más de cuatro en el período (41.000 contra 9.000) y el de inmigrados sólo por dos y medio. Las cifras absolutas del incremento de inmigrados son también inferiores en la capital, aunque no en la provincia: en la primera, son 32.000 inmigrados para 44.000 nativos.

Sea dicho de paso que la única provincia en que no se ha registrado incremento alguno de los trabajadores industriales nativos es la más "protegida" de todas; Tucumán, en que su número más bien ha *disminuído*; el muy escaso aumento corresponde todo a los inmigrados.

La comprobación general es halagadora en el sentido de que la población nativa parece demostrar un desarrollo de sus aptitudes técnicas. Pero que éste se encuentra a medio camino lo indica un dato muy digno de atención, que se obtiene confrontando las cifras de *asalariados* de los establecimientos industriales con las de *profesiones* industriales. La relación entre unos y otros es sólo groseramente aproximada, debido a lo heterogéneo del grupo de "industrias y artes manuales" y al gran número registrado como empleados y jornaleros sin calificación. Pero como la causa de error resultante debe actuar tanto entre los inmigrados como entre los nativos, puede prescindirse de ella en este caso. Lo mismo se refiere al hecho de haber sido registradas entre el personal de las empresas calificadas como comerciales un gran número de obreros de la industria a domicilio. Con estas reservas, encontramos las siguientes relaciones entre nativos e inmigrados:

Industrias y artes manuales

	Nativos	Inmigrados
Hombres	183.227	305.011
Mujeres	284.855	68.144

Asalariados industriales

Hombres	157.995	177.422
Mujeres	37.154	19.792
Men. (de 16 años)	14.474	3.364

El método diferente de clasificación de las personas seguido en uno y otro censo dificulta la comparación. Para homogeneizar las cantidades, supondremos, de acuerdo con la observación directa, que de los "menores" los dos tercios son de sexo masculino. Obtenemos así 168.000 asalariados nativos varones y 42.000 mujeres, en números redondos, contra 180.000 inmigrados varones y 21.000 mujeres. Los varones nativos asalariados son 86 para cada 100 ocupados en las "industrias y artes manuales", y los inmigrados solamente 60. Entre las mujeres la relación se invierte: 15 por ciento en números redondos para las nativas, y 30 por ciento para las inmigradas.

¿Qué sentido tienen estos contrastes? Ya hemos visto que en el número de oficios manuales registrados sin método alguno por el censo, el carácter de las principales formas de ocupación de uno y otro sexo difiere fundamentalmente. Las de los hombres son bastante genuinamente industriales; las de las mujeres sólo en pequeña parte. Para los hombres puede afirmarse que la cantidad en que los registrados en los oficios manuales excede a la de asalariados de la industria está formada en su mayoría por los *independientes*: jefes de empresas, de taller y artesanos libres. Los varones asalariados que trabajan a domicilio son relativamente pocos, como lo demuestra el análisis del número de los registrados en esos oficios.

La proporción aproximada de independientes entre los nativos es pues la mitad que entre los inmigrados, y su cantidad absoluta es caso *doce* veces menor: en la relación que va de 15.600 industriales nativos no asalariados de fábrica o taller contra 125.000 inmigrados en esa condición. Debe tenerse presente que entre estos últimos el número de obreros a domicilio es mayor: por ejemplo, entre los sastres, se cuentan solo 5.000 varones nativos para 17.000 inmigrados.

Con respecto a las mujeres nada podemos deducir de las cifras obtenidas, ni siquiera conjeturalmente, sobre la mayor o menor proporción de independientes entre las nativas y las inmigradas. Pues las ocupaciones de la gran mayoría de unas y otras son desempeñadas casi siempre en calidad de asalariado, y en sus formas más primitivas: como asalariado a domicilio de un taller o casa de venta, o como jornalero ambu-

lante que trabaja en el domicilio del empleador ocasional (costureras)).

En cambio, podemos deducir de la doble proporción de asalariados de la industria entre las mujeres inmigradas la plena confirmación de lo que se indicara en el análisis del censo de las profesiones; que entre sus formas de trabajo preferidas ocupan un lugar mucho más importante las más calificadas y mejor remuneradas.

El mismo predominio de los independientes y los más calificados entre los inmigrados se observa entre los trabajadores del comercio, y seguramente es él aún mayor entre los del campo. Por desgracia no tenemos hasta ahora un censo agrario siquiera mediano, y un oportuno incendio es causa de la omisión del tomo V del censo de 1914 que le estaba destinado. Debemos pues contentarnos por ahora, en este respecto, con la observación directa, y atenernos como complemento de investigación a los datos del censo del comercio.

Según esta publicación, las empresas comerciales propiedad de nativos eran 24.313, las de inmigradas, 65.183, y las "mixtas" 1.294. La proporción de propietarios argentinos es pues ligeramente inferior en el comercio que en la industria, pero no mucho: el 27 por ciento. Estos números coinciden con los de "comerciantes" de ambos sexos censados en las profesiones: 56.000 argentinos y 117.400 inmigrados, puesto que es de observación corriente que casi todas las firmas comerciales de cierta importancia tienen dos o más propietarios. Hay pues dos propietarios de comercio inmigrados por cada argentino.

En el personal empleado de las empresas comerciales predominan algo los inmigrados, en contra de lo que se observa en los establecimientos clasificados como industriales.

Pero el personal atribuido a las empresas comerciales de cantidades que nada tienen que ver con las del censo de las profesiones. Mientras éste registra 40.800 nativos empleados de comercio y 33.200 "empleados" sin calificación, el personal nativo de las empresas comerciales censadas alcanza a 140.000. Para los inmigrados, los 39.500 empleados de comercio y 42.400 sin calificación tampoco llegan a la mitad de los 170.000 computados en el personal de las casas de comercio.

¿Cómo resolver semejante rompecabezas? Tratando de poner en claro el contenido de esas cantidades tan discrepantes.

Ante todo, es probable que la mayoría de los que el

censo de las profesiones registra como empleados, sin calificación, corresponde al comercio, porque los de administraciones públicas parecen medianamente computados, y los de fábricas y talleres deben ser pocos.

Parece también probable que se hayan computado entre el personal de las casas de comercio los obreros de la industria de que muchas de ellas toman trabajo, encargándoles la elaboración a domicilio de los artículos que venden. Especialmente los negocios de "confecciones", que son todos *fábricas descentralizadas* de la industria del vestido, y ocupan a la mayoría de los que el censo de las profesiones registra como sastres, modistas, bordadoras, etc. Nada preciso podemos saber al respecto, porque los directores del censo no han tenido a bien explicar ninguno de los métodos seguidos en sus clasificaciones y cómputo, y no puede hacerse la comparación con los censos anteriores del ministerio de agricultura, que tampoco explican los métodos empleados y parecen haberlos seguido diferentes...

Por otra parte, es seguro que entre el personal de las empresas comerciales figuran los registrados en el de las profesiones como agentes, comisionistas, etc.

Pero no me atrevo a desenredar ese lío, y prefiero detenerme en la conclusión negativa de que se trata de grupos tan heterogéneos que no admiten más que comparaciones parciales.

La primera: el número de argentinos empleados de comercio es muy poco inferior al de inmigrados, mientras que el de propietarios es de la mitad. La segunda: que para 56.000 nativos que parecen comerciantes independientes, contamos 149.000 asalariados de empresas comerciales, mientras que a los 170.000 inmigrados en igual condición se oponen 117.400 independientes. De manera que la relación de los nativos sería de unos 10 independientes por cada 27 asalariados, y la de los inmigrados, de 19 por cada 27.

El mismo contraste se observa en la mayoría de las ocupaciones a sueldo más remuneradas: agentes calificados, comisionistas, corredores de comercio. Sólo entre los "dependientes de comercio" (casi todos de esas tabernas de la peor clase que son nuestros "almacenes" de artículos alimenticios) gremio miserablemente pagado y sometido a jornadas de esclavitud, predominan notablemente los inmigrados. De las investigaciones hechas para la Capital, cuyo resultado puede aplicarse al conjunto del país, se deduce que los dependientes de comercio son en su mayoría españoles. Esto es un tanto ex-

traño porque, como veremos más adelante, el nivel de cultura escolar de los habitantes españoles de la capital parece superior al de las otras colonias más numerosas, que deben por tanto dar el mayor contingente entre los oficios con más bajos salarios de los inmigrados. Es indicio de la heterogeneidad española, cuyos inmigrados de ciertas regiones son comparables a los franceses y los italianos del norte (catalanes, vascos) y otros (gallegos, etc.) a los italianos del sur, en nivel de cultura y de vida.

Sería muy instructiva una investigación metódica sobre las nacionalidades en los diferentes ramos de ocupación. para medir el grado de especialización que la observación directa demuestra en algunos. En los grupos relativamente poco numerosos de ingleses, alemanes, franceses, hay una gran mayoría absoluta de industriales, comerciantes y empleados técnicos. Los más numerosos, de italianos y españoles, se encuentran también distribuidos con cierta especialización. Es sabido que los italianos predominan absolutamente entre los cultivadores y los oficios manuales calificados que reclaman a la vez habilidad y fuerza (por ejemplo, albañiles carpinteros, herreros), y relativamente en los trabajos de fuerza poco calificados. Los españoles, a su vez, entre los pequeños comerciantes, los empleados y las ocupaciones menos calificadas, de doméstico y obrero auxiliar. El argentino urbano demuestra predilección por los oficios mecánicos y de más que reclaman menor esfuerzo físico.

Pero estos matices, así como el bajo nivel de vida de algunos grupos coloniales menores, no obstan a las leyes generales enunciadas.

Resumen de la composición social. — Las estadísticas de compra-venta de bienes raíces, llevadas regularmente para la Capital, indican un movimiento de transferencia gradual de la propiedad hacia lo inmigrados. En cada período, el valor de las ventas realizadas por argentinos excede constantemente alrededor del cinco por ciento al de sus adquisiciones, y lo contrario ocurre con los inmigrados. Los primeros consumen, pues, regularmente una parte de su capital. Sin embargo, la expropiación real es bastante más lenta de lo que pudiera presumirse con esa tasa porcentual, debido a la considerable valorización del suelo: el valor de 95 retenido en cada período por los argentinos no tarda en multiplicarse.

La transferencia es más acentuada en el suelo urbano, co-

mo que el móvil principal del comprador de origen extranjero es su utilización para la industria o el comercio. Nada sabemos del valor del capital del suelo que ha estado antes y está hoy en manos de empresas extranjeras y de inmigrados, relativamente al retenido por los nativos. Sólo podemos tener una noción muy somera de la transferencia de la gran propiedad rural, en el número de “estancieros” y “hacendados” que registra el censo de profesiones. Eran ellos un total de 44.500 nativos de ambos sexos y de 11.500 inmigrados. Este número de inmigrados que en pocas décadas ha conseguido colocarse en la más alta posición aristocrática y pecuniaria tradicional argentina es por cierto notable.

Lo mismo puede decirse del considerable número de “rentistas” inmigrados: 22.400 para 41.000 argentinos.

Con respecto a los propietarios de la industria y el comercio, hemos visto que muy probablemente se cuentan en número doble al de empresas. Tendríamos así, en una rudimentaria enumeración, de la que faltan categorías tan importantes como los dueños de casas de renta que trabajan en algo, los accionistas, pequeños propietarios rurales, etc., los siguientes capitalistas:

	Argentinos	Extranjeros
Rentistas	41.100	22.400
Terratenientes	44.500	11.500
Industriales	32.300	64.500
Comerciantes	56.000	117.400
Totales	173.000	215.000

Si relacionamos estas cifras con el total de personas de ambos sexos en edades activas de uno y otro grupo, la diferencia en contra de los argentinos se acentúa con exceso, debido al gran número de mujeres entre ellos. Relacionadas con el total de los efectivamente ocupados, (1.738.528 argentinos y 1.441.247 inmigrantes) las proporciones son, respectivamente, 12,0 y 14,9 por ciento. Siempre el predominio de los extranjeros, y justamente en las formas de propiedad cuya dirección es por lo general una parte de las funciones de producción.

Consideremos además que la escasa pequeña propiedad rural está prácticamente en manos de chacareros, horticultores y tamberos inmigrados, y que la profesión de gran propietario rural se parece mucho a la de rentista, al menos para la gran

mayoría, que arrienda sus tierras o colonos o se limita a controlar a un administrador.

Convirtiendo ahora las calificaciones profesionales analizadas en categorías sociales, podemos conseguir alguna noción, siquiera groseramente esbozada, de la composición social del conjunto de los nativos y de los inmigrados.

El número total de asalariados de la industria, el comercio y los transportes es mayor entre los inmigrados, pero la diferencia es compensada con creces por los asalariados nativos del campo, pastores, peones, leñadores o "labradores", y los jornaleros y empleados sin calificación urbana o rural. Y los inmigrados asalariados predominan en absoluto en el conjunto de los oficios más técnicos. Entre las mujeres, las nativas predominan en las ocupaciones menos calificadas y de más bajos salarios, las inmigradas en las otras.

El contraste es aún mayor entre los trabajadores independientes. En el campo, como cultivadores, y en la ciudad como artesanos o pequeños comerciantes, los inmigrados forman las dos terceras partes de éstos al menos; y digo al menos, porque en estas ocupaciones la proporción de los inmigrados es probablemente mayor que entre los propietarios y administradores técnicos de la industria y del comercio.

Sólo son mayoría los argentinos —aparte del pequeño número de banqueros y otros financistas, casi todos los "extranjeros" en el sentido literal del término — en la cúspide de la pirámide, como rentistas o dirigentes públicos, así como lo son en su base. El espacio entre los dos extremos — la burguesía media y pequeña y los oficios bien calificados — lo ocupa el inmigrado.

Ha realizado éste así la previsión de Alberdi de un modo tan integral que él mismo no podía preverlo. Penetrando en la estructura feudal de la colonia, entre la plebe rural y el puñado de señores, la ha ensanchado y transformado en moderna estructura capitalista. Y no se necesita mucha adivinación para comprender que la nueva clase obrera urbana argentina, progresivamente calificada, es prácticamente hija del inmigrado.

Desgraciadamente, la asimilación del inmigrado a la masa nativa, y la de ésta a las costumbres y aptitudes que aquél ha arraigado en nuestro suelo, es demasiado lenta. En tanto que el inmigrado no se acriolla todo lo que sería deseable, sus hijos lo hacen hartó a menudo con exceso. Es lo que fluye de la segunda parte de este trabajo, en que los habitantes nativos

de Buenos Aires se demuestran inferiores en capacidad económica a los inmigrados, en las únicas manifestaciones mensurables de la misma que podemos dar por ahora.

II.—*Demografía comparada*

El estudio de la demografía de nativos e inmigrados tiene no sólo un interés económico-social inmediato, sino también histórico, puesto que puede proporcionarnos una noción positiva de la composición étnica de las nuevas generaciones. En las cifras absolutas de nuestra población los argentinos de origen hispano-colonial, o sea criollos, predominan todavía al parecer, a pesar de los millones de inmigrantes absorbidos en el último medio siglo. De manera que si la *capacidad vegetativa*, o excedente de los nacimientos sobre las defunciones en su grupo, fuera entre los criollos equivalente a la de los inmigrados, seguirían predominando en el futuro, pues lo más probable es que no vuelva al país una corriente inmigratoria tan importante como antes de la guerra, sea cuáles fueren sus consecuencias inmediatas.

Pero la capacidad vegetativa de la población criolla es considerablemente inferior. En las localidades donde la casi totalidad de los habitantes son argentinos de origen colonial, ubicadas en las más diversas regiones y climas, el crecimiento vegetativo bruto no pasa del uno por ciento anual, en el mejor de los casos, mientras que en la región litoral en que predominan los inmigrados, él llega al dos por ciento y a veces lo excede. Ocurre además, como lo demuestra la investigación que se expone en esta parte, que allí donde una gran masa inmigrada se pone en contacto con la población nativa, *la limitada capacidad vegetativa de ésta se reduce a poco menos que nada y el aumento de la población es casi todo atribuible a los inmigrados.*

Correcciones necesarias. — Numerosas causas de error exigen un método riguroso para una investigación de este género. Entre los inmigrados, por razones obvias, predominan enormemente los varones y los adultos; entre los nativos, los sexos están equilibrados en el conjunto del país y predominan los niños y jóvenes, porque su masa está formada por los hijos de nativos y los de inmigrados. Esto se acentúa en la Capital, donde los adultos inmigrados son dos veces más numerosos que los nativos.

Los grupos de unos y otros no son, pues, comparables

directamente, por falta de homogeneidad. Para cada uno de los tres índices demográficos — mortalidad, nupcialidad, natalidad — es necesario determinar los coeficientes por grupos de edades, y sólo una vez realizado este trabajo preliminar puede llegarse a la comparación, *corrigiendo* la composición de edad y sexual de uno y otro grupo de acuerdo con el “standard” de la población del conjunto de la República.

Lo he realizado para la Capital Federal, y sería muy conveniente extender la investigación a varias ciudades y provincias.

Para evitar en lo posible las causas de error de los cambios en el movimiento de la población, he tomado únicamente el movimiento demográfico de los dos años censales (1909, del último censo municipal, y 1914, del nacional), sin los años anteriores y posterior a cada uno de ellos. Las cifras del año 1910 no contrapesan las de 1908, por la inmigración ultramarina extraordinariamente elevada del año 1910 y el gran movimiento de población causado en el mismo por las fiestas y exposiciones conmemorativas del centenario nacional. Tampoco cabe promediar el trienio 1913-1915, por la profunda crisis del año 1915 y el movimiento emigratorio del mismo, que han perturbado su demografía mucho más que en 1914, y no lo hacen comparable con el año 1913.

Mortalidad comparada. — En los años 1909 y 1914, la población nativa e inmigrada y las defunciones de unas y otras fueron, en cifras globales:

AÑO 1909			
	Población	Defunciones	%o. bruto
Nativos	670.513	10.789	16,0
Inmigrados	561.185	8.170	14,5
Totales	1.231.698	18.959	15,4
AÑO 1914			
	Población	Defunciones	%o. bruto
Nativos	797.969	13.130	16,5
Inmigrados	777.846	10.356	13,3
Totales	1.575.814	23.486	14,9

Esos coeficientes brutos dan una noción inexacta de la realidad. Aún cuando en ambos grupos la mortalidad fuera igual, eso no probaría que lo es en verdad, sino todo lo contrario. Entre los argentinos, los de 20 a 60 años eran en

1914 solamente 267.170, y entre los inmigrantes, 596.598. Los de 60 años arriba — de mayor mortalidad — sumaban entre los inmigrantes más de 53.000, y entre los nativos no llegaban a 12.000. Inversamente, los grupos de menor mortalidad, — de los 5 a 20 años — formaban cerca de la mitad de los nativos y sólo la sexta parte de los inmigrados. Sintetiza esta composición tan desigual la baja edad media de los argentinos nativos, que sería según el censo, de 17 años en Buenos Aires y 18 en el conjunto de la República, contra 33 años para los inmigrados.

El examen de la tabla que sigue, con la población nativa e inmigrada y total de ambos sexos censada en 1914, y sus respectivas proporciones por 10.000 comparadas con las de la población total de la República, es indispensable para valorar la grosera inexactitud de los coeficientes brutos de mortalidad de grupos tan diversos.

Llamo la atención sobre el número de nativos y de inmigrados a partir de los 30 años de edad, así como sobre el notable predominio de los adultos en las edades más activas y fecundas y la correlativa escasez de improductivos (niños y mayores de 65 años) que se encuentra en la población de Buenos Aires.

4.—*La población de Buenos Aires y composición de edad en 1914*

Edades	Nativos	Inmigrados	Total	Por 10.000 habitantes	Promedios de la Rep.
0 a $\frac{11}{12}$..	38.378	342	38.720	246	309
1-4 » ...	132.637	7.790	140.427	891	1.147
5-9 » ...	131.399	22.344	153.743	976	1.294
10-14 » ...	111.640	29.556	141.196	896	1.089
15-19 » ...	105.079	67.631	172.710	1.096	1.066
20-24 » ...	86.807	111.994	198.801	1.261	1.066
25-29 » ...	58.298	122.256	180.554	1.146	942
30-39 » ...	67.658	173.886	241.544	1.533	1.318
40-49 » ...	35.858	112.933	148.791	944	836
50-59 » ...	19.549	75.529	94.078	597	522
60-69 » ...	7.501	37.242	44.743	284	265
70-79 » ...	2.727	12.603	15.329	97	100
80-89 » ...	730	2.600	3.330	21	29
90 arriba ..	152	327	479	3	9
Ignorada ..	557	812	1.369	9	8
Totales	797.969	777.845	1.575.814	10.000	10.000

Correlacionando con estas cantidades las defunciones de nativos e inmigrados clasificados por esas mismas edades se obtienen los coeficientes de mortalidad para cada grupo de edad. En el cuadro que sigue figuran en tipo grueso los promedios de los dos años, preferibles a las cantidades de detalle de uno u otro, porque resultan más nivelados.

5.—*La mortalidad por edades entre los nativos y los inmigrados*

EIDADES	Nativos		Inmigrados		Promedios	
	por mil en 1914	por mil en 1909	por mil en 1914	por mil en 1919	nativos	inmigrad
11						
0 a —	124.02	143.15	46.78	114.43	133.58	80.60
12 11						
1 a 4 a. — ..	18.26	26.03	10.78	22.52	22.14	16.65
12						
5 a 9 a. » ..	3.63	4.81	3.88	4.37	4.22	4.12
10 » 14 » » ..	3.68	3.58	3.21	3.18	3.63	3.19
15 » 19 » » ..	6.89	6.96	4.64	4.74	6.92	4.69
20 » 24 » » ..	9.65	7.06	6.39	6.74	8.35	6.56
25 » 29 » » ..	9.98	6.56	6.17	7.25	8.27	6.71
30 » 39 » » ..	12.19	8.46	9.12	9.27	10.32	5.19
40 » 49 » » ..	19.49	10.30	13.64	14.00	14.89	13.82
50 » 59 » » ..	30.40	33.00	23.44	24.26	31.70	23.85
60 » 69 » » ..	47.86	58.26	45.13	48.83	53.06	46.98
70 » 79 » » ..	104.18	139.50	97.04	99.64	121.84	98.34
80 » 89 » » ..	201.03	204.54	193.07	182.22	202.78	187.64
90 y más años .	302.63	342.86	262.99	294.57	322.74	278.56

Estos coeficientes no son utilizables para una tabla de mortalidad correcta según las matemáticas actuariales, porque no se ha hecho la corrección que esta exige, la fecha del censo de 1909, efectuado en el mes de octubre. Y las defunciones de los menores de un año corresponden a los censados efectivamente y no a los nacidos en el año, porque esta última cifra no daría la cantidad de inmigrados. Por otra parte, los coeficientes de los menores de un año inmigrados son dudosamente exactos, por su escaso número (menos de 500), por lo cual no los he tomado en cuenta para calcular la mortalidad global de uno y otro grupo.

Como lo muestra el detalle de la tabla anterior, la diferencia se acentúa progresivamente a partir de la edad de 15 años. Un gráfico da una curva parabólica más cerrada

para los argentinos, que después de tocar la de los inmigrados entre los 5 y 9 años y meses se distancia progresivamente. La diferencia es sobre todo notable a partir de los cincuenta años.

Hay que tener presente que una comparación global que confunde a uno y otro sexo no procede con cantidades homogéneas, porque entre los nativos el número de mujeres excede ligeramente al de varones, y entre los inmigrados hay sólo dos mujeres por cada tres varones. Ahora bien, la curva de mortalidad femenina difiere sensiblemente de la masculina: más o menos igual hasta los quince años, a partir de esa edad la mortalidad de las mujeres es inferior a la de los varones, determinando una longevidad notablemente mayor. Una tabla actuarial de mortalidad elaborada por el doctor Argentino Acerboni sobre los datos del año 1909, que engloba a los nativos e inmigrados pero separa los sexos, da para las mujeres, sobre 100.000 de 15 años, 60.744 sobrevivientes a los 60 años; para los varones, el número de sobrevivientes a los 60 años llega sólo a 49.368. El número de mujeres sobrevivientes a los 70 años sería casi doble que el de varones: 40.577 contra 25.166. De manera que contando el grupo de nativos más mujeres que el de inmigrados, la mortalidad englobada de ambos sexos presenta la de los primeros bajo una luz demasiado favorable.

He calculado separadamente la mortalidad de uno y otro sexo entre los nativos e inmigrados, también para los dos años censales. El escaso número de los inmigrados menores de cinco años, de los nativos mayores de 60 años y de los inmigrados de 80 años arriba determina el dividirlos por sexos, oscilaciones algo caprichosas en los coeficientes de cada año censal que sólo en parte se nivelan en el promedio de ambos. Asimismo, la comparación resulta muy instructiva, porque revela una diferencia aún más acentuada que la del conjunto de uno y otro sexo en la mortalidad de los varones, si se prescinde de algunas irregularidades de detalle atribuibles a la pequeñez de las cantidades.

Presento a continuación el resumen correspondiente:

6.—*Mortalidad según nacionalidad y sexo*
(Promedios de 1909-1914)

EIDADES	Varones		Mujeres	
	Argentinos	Inmigrad.	Argentinos	Inmigrad.
11				
1 a 4 a —	21,3	16,3	22,5	17,4
12				
5 a 9 »	4,1	4,3	4,2	4,2
10 a 14 »	3,4	3,0	3,7	3,4
15 a 19 »	7,1	5,1	6,8	3,8
20 a 24 »	8,9	6,8	7,9	6,2
25 a 29 »	9,0	7,0	7,2	6,2
30 a 39 »	11,4	9,5	8,5	8,5
40 a 49 »	19,4	16,2	16,3	9,2
50 a 59 »	36,7	29,1	25,4	16,9
60 a 69 »	57,9	59,6	49,2	32,6
70 a 79 »	137,0	111,2	113,7	87,0
80 a 89 »	235,7	196,5	182,8	180,5
90 arriba	270,3	279,6	312,6	295,9

Si aplicamos los promedios de los dos últimos años censales (los globales de ambos sexos para dejar un margen en favor de los nativos y por ser más regulares) a un grupo de población de la composición de edad del conjunto de la República, atribuyendo a cada edad un número de defunciones igual al de que resulta de la multiplicación de los coeficientes hallados por el número de personas de la misma, y sumando estos productos parciales, obtenemos un total de defunciones que representa la mortalidad *corregida* de nativos y de inmigrantes. Este método, empleado por el *Registrar General* inglés para eliminar la causa de error de la variable composición de edad en los grupos de población que se desea comparar, es el único que puede dar resultados positivos. En nuestro caso, es necesario deducir un 9 por 10.000 cuya edad no fué registrada. He atribuído a los menores de un año de uno y otro grupo el mismo coeficiente de 9,53 por ciento que dan sus defunciones relativamente a los nacimientos.

Encontramos entonces que si la población de Buenos Aires fuera nativa en su totalidad, la mortalidad que le corresponde por cada edad en promedio de los dos años censales hubiera determinado en 1914 un total de 27.971 defun-

ciones; y si fueran todos inmigrados, las defunciones para ese mismo año hubiera sido sólo 23.762. La mortalidad global corregida, o real, es pues para los nativos de 17,75 por mil, y para los inmigrados, de 15,08; un 15 % mayor para los primeros.

Nupcialidad y matrimonialidad. — El censo de 1914 atribuye a Buenos Aires 88.227 casadas argentinas y 222.839 inmigradas. El total de nativas de 15 años arriba era de 209.049, y el de inmigradas 296.442. Pero los por cientos de casadas que dan esas cifras brutas — respectivamente 42,2 y 75,1 — no son exactos, porque el grupo más numeroso de las argentinas es el de 15 a 19 años, en que la matrimonialidad es mínima, y los tres quintas de las nativas entre 15 a 45 años son menores de 25 años, mientras que entre las inmigradas en edad sexual pasan de los 25 años cerca de los dos tercios. Sólo cuentan esas cifras como expresión del predominio de las inmigradas entre las madres de Buenos Aires.

La misma elevadísima proporción de casadas se observa en el total de mujeres inmigradas de la República, al punto de que siendo las argentinas de 15 años arriba casi dos veces más que las inmigradas, el número de las casadas sólo excede en siete por ciento al de inmigradas: respectivamente 647.636 y 606.999.

La matrimonialidad exacta sólo podría deducirse de una clasificación de las casadas por su edad, que ha sido omitida en las tablas del censo.

Por consiguiente, sólo podemos inducirla de la nupcialidad, o frecuencia periódica de los matrimonios. Pero en este respecto tenemos que contentarnos con los datos del año censal más antiguo, porque el Anuario municipal de 1914 no ha clasificado los matrimonios de argentinos e inmigrados por la edad de los contrayentes. En 1909, los matrimonios registrados entre argentinos, “entre argentina mujer y extranjero” y “argentino varón y extranjera”, referidos al total de personas casadas en las mismas edades, dan las siguientes proporciones por mil:

7.—Buenos Aires. Matrimonios en 1909, por mil de cada grupo

EIDADES	Mujeres		Varones	
	%o argent.	%o inmigr.	%o argent.	%o inmigr.
11				
15 a 19 a. —	37,47	50,25	3,12	1,86
12				
20 a 24 »	44,08	91,21	35,06	52,66
25 a 29. »	19,77	50,68	40,47	70,74
30 a 34 »	9,88	18,01	20,26	28,72
35 a 39 »	6,89	10,81	12,07	17,57
40 a 44 »	4,74	6,32	7,16	7,82
45 a 49 »	4,56	5,17	8,52	6,98
50 a 54 »	0,97	2,18	6,22	4,74
55 a 59 »	—	2,14	4,29	4,57
60 y más	0,60	1,04	5,03	2,44

En todas las edades que cuentan para la fecundidad de los matrimonios — los 15 a 35 años para las mujeres y los 20 a 45 para los varones — llama la atención la nupcialidad notablemente mayor de los inmigrados, que en las mujeres es más del doble en las edades más fecundas juntamente: de los 20 a los 30 años. Los matrimonios contraídos después de los 45 años, que carecen de interés desde el punto de vista demográfico, son demasiado poco numerosos para que sus coeficientes puedan tenerse en cuenta aisladamente. Pero es curioso que entre los argentinos varones ellos sean más frecuentes, en cifras absolutas y relativas. La menor nupcialidad de los argentinos de ambos sexos, si se aplicara al total de la población debidamente corregida, daría un coeficiente global un tercio al menos inferior a los que registra la estadística anual bruta, y un tercio más elevado la nupcialidad de los inmigrados.

Esto explica la mucho menor fecundidad global de las argentinas, sobre la cual se ha llamado la atención algunas veces sin analizarla con la precisión deseable que exige referirla al número de mujeres casadas y a la edad de las madres.

No es posible basar deducción alguna en el número medio de hijos de los matrimonios de toda edad, por predominar entre los nativos los matrimonios relativamente recientes, debido al mayor número de jóvenes entre ellos. Esto basta para explicar el menor promedio de hijos en los matrimonios nativos.

Por la misma razón, sólo tienen un valor dudoso los coeficientes brutos de fecundidad de las casadas, porque la mayor juventud de las madres nativas explica se comprueben coeficientes de fecundidad más elevados entre ellas. Por ejemplo, para el año 1914, los 14.315 hijos legítimos de madre argentina dan una fecundidad de 174,1 por mil, argentinas casadas y los 29.839 de madre inmigrada una de sólo 133,9 por mil.

La falta del dato de las casadas de cada edad, olvido lamentable de la dirección del censo, impide conseguir los coeficientes exactos. Pero una tabla conjetural razonable permite inducir que la fecundidad *real* de las argentinas casadas es probablemente al menos, igual a la de las inmigradas más fecundas, que lo son las italianas y las españolas entre los grupos coloniales numerosos.

No obstante la indicada laguna del censo, he intentado obtener una noción precisa de la fecundidad por edades de argentinas e inmigradas, prescindiendo de su estado civil. Creo haber conseguido resultados que pueden considerarse aproximadamente exactos, y de positivo valor para el objeto de la investigación general emprendida.

Las bases utilizables son: 1.ª el número global de nacimientos legítimos atribuidos a argentinos e inmigradas que resulta de una clasificación de los detalles que sobre nacionalidad de la madre y el padre figuran en el Anuario Municipal; 2.ª el número de nacimientos legítimos clasificados por la edad de la madre, que puede obtenerse de una tabla de ese anuario (tomándose el trabajo de sumar los totales para cada grupo de edad); 3.ª el número de mujeres en edad sexual clasificadas de 5 en 5 años, y según su origen, (clasificación que es necesario hacer también por separado, porque las tablas del censo la hacen sumariamente de 10 en 10 años a partir de los 30).

En los dos años censales investigados, a pesar de que la natalidad fué diferente en uno y otro, se observa casi igual proporción en el número de hijos legítimos de madre argentina e inmigrada:

<i>Nacimientos legítimos</i>	1909	1914
Totales	36.866	44.154
Madre argentina	11.789	14.315
» inmigrada	25.067	29.839
% de argentinas	31,9	32,4
% de inmigradas	68,1	66,6

Los nacimientos ilegítimos fueron 5.839 en 1909 y 6.477 en 1914, o sea, el 13,7 por ciento del total de 42.705 en 1909, y en 1914 el 12,8 por ciento sobre el total de 50.631.

Con estos datos globales, el problema a resolver es el número de nacimientos legítimos e ilegítimos atribuible a las argentinas y a las inmigradas de cada grupo de edad. Hallados los respectivos coeficientes, pueden ellos aplicarse a un grupo de población en que las mujeres en edad sexual están escalonadas en iguales cantidades que en el promedio de toda la República, para obtener así la *fecundidad real* de las mismas y la *natalidad real* del respectivo grupo. Corrección indispensable, no sólo porque en la Capital hay un exceso de mujeres en edad sexual, sino porque el número de las mujeres de cada generación de las comprendidas en esa edad es muy diferente para las argentinas y las inmigradas.

La analogía de las curvas de nupcialidad por edades de las argentinas e inmigradas, así como el parecido de los coeficientes de fecundidad de las casadas en uno y otro grupo, indican que la distribución proporcional de los partos legítimos por edades es a grandes rasgos igual en unas y otras. Pero si se atribuye a las argentinas constantemente el 32,1 % de los partos legítimos registrados en cada grupo de edad, se incurre en error. Dado el gran predominio de las jóvenes entre ellas, el número de partos atribuido a las mismas resulta forzosamente muy inferior al probable. En cambio, se atribuye un exceso de partos a las mayores de 30 años, que son relativamente menos. El error que conviene evitar en esta investigación es el primero, y en cambio, puede desdeñarse el segundo, desde que si atribuímos a las argentinas algún exceso en el número de partos, conseguimos un mayor margen de seguridad.

La mayor dificultad deriva de la distribución de los partos ilegítimos, de los cuales no hay dato alguno sobre nacionalidad y edad de la madre. Es necesario hacerla conjeturalmente, basado en la observación directa. Ella demuestra que los partos ilegítimos predominan entre las menores de 25 años, y que la ilegitimidad está en relación inversa de la nupcialidad. Podemos, pues, presumir que los nacimientos ilegítimos son relativamente más frecuentes entre las nativas, tanto más que en las provincias de población más criolla, ellos alcanzan las cifras más elevadas (p. ejem. Corrientes). Combinando estas dos observaciones, supondremos que la mitad de los nacimientos ilegítimos corresponden a madres menores de 20 años, el tercio a madres entre 20 y 25 años, y el resto (la sexta parte)

a madres entre 25 y 30 años. Suposición sin duda exagerada, que da un amplio margen en favor de las argentinas.

Presento a continuación la tabla preliminar, con el número global de mujeres en edad sexual y los partos legítimos registrados en cada edad, para los años 1909 y 1914.

8.—*Partos legítimos clasificados por la edad de las madres, englobando argentinas e inmigradas*

EADADES	1909			1914		
	Total de mujeres	Total de partos leg.	‰	Total de mujeres	Total de partos leg.	‰
11						
15-19 — .	66.644	2.305 ⁽⁴⁾	34,6	84.045	2.755 ⁽⁴⁾	32,8
12						
20-24 » .	75.671	10.008	131,1	90.283	11.946	132,3
25-29 » .	68.713	11.264	161,0	76.758	14.647	189,1
30-34 » .	49.261	7.254	147,3	54.947	8.337	151,7
35-39 » .	37.584	4.340	115,5	45.280	4.774	105,4
40-44 » .	31.658	1.695 ⁽⁵⁾	53,5	35.253	1.695 ⁽⁵⁾	48,7
Totales ..	329.531	36.866		386.616	44.154	

Si aplicamos los coeficientes globales medios de 1909 y 1914 de los partos legítimos a las argentinas y a las inmigradas correspondientes al último censo, encontramos una serie de diferencias muy instructivas. El total de partos de las argentinas hubiera sido con dichos coeficientes de 17.850, suma que daría un índice bruto de fecundidad de 103 por mil para ellas, en tanto que el efectivo de los mismos dos años es de 75,55, al que sólo corresponden 13.120 partos. Aplicados a las inmigradas en edad sexual, los coeficientes medios de fecundidad legítima por edades dan un total de 25.315 partos y un índice bruto de 119 por mil, mientras que el promedio efectivo de los dos años investigados es para ellas de 150 por mil en números redondos, y el número de partos correspondiente, de 31.850. Algo más que el registrado para ellas en 1914 porque en 1909 su predominio fué mayor. La diferencia de 103 a 119 por mil que resulta para el total aplicando a uno y otro

(4) Algunas decenas de partos sin edad conocida han sido distribuidas aproximadamente, y se han nivelado algunos errores de detalle encontrados en las tablas originales.

(5) Los partos atribuidos a madres de 45 años arriba han sido englobados, debido a ese escaso número, en los 40 a 44 años.

grupo iguales coeficientes para cada edad, expresa el error inherente a la diversa composición de las nativas y las inmigradas.

Agrego el cuadro de detalle.

9.—*Diferencia en el número de partos legítimos aplicando a las argentinas e inmigradas los coeficientes medios por edad*

EDADES	Coefic. medios <i>a</i>	Nativas <i>b</i>	Partos de nativas con los coefic.med.	Inmigrad. <i>c</i>	Partos de inmigr. con los coefic med.
11					
hasta 19 —	33,7	55.779	1.880	28.266	593
12					
20-24 »	131,7	45.586	6.008	44.697	5.887
25-29 »	175,0	29.327	5.132	47.431	8.300
30-34 »	148,9	17.696	2.633	37.251	5.545
35-39 »	110,5	14.975	1.655	30.355	3.354
40-44 »	51,1	10.284	525	24.969	1.276
Totales ...		173.647	17.833	212.969	25.315
			102,7 %		118,8 %

Procediendo de igual manera que para los partos legítimos con el total, distribuidos los ilegítimos por edades en las proporciones indicadas, el resultado para los años 1909 y 1914 es el del cuadro que sigue.

10.—*Total de partos, clasificados por la edad de la madre*

EDADES	1909			1914		
	Total de mujeres	Total de partos	‰	Total de mujeres	Total de partos	‰
11						
15-19 — .	66.644	5.221	78,3	84.045	5.994	71,3
12						
29-24 » .	75.671	11.956	158,0	90.283	14.110	145,2
25-29 » .	68.713	12.227	177,9	76.758	15.721	204,8
30-34 » .	49.261	7.254	147,3	54.947	8.337	151,7
35-39 » .	37.584	4.350	115,7	45.280	4.774	105,4
40-44 » .	31.658	1.697	53,9	35.253	1.695	48,1
Totales ..	329.531	42.705	—	386.616	50.631	—

Conviene tomar para cada grupo de edad el término medio de ambos años censales, debido a las diferencias considerables

entre uno y otro. Con esta base de los coeficientes medios de fecundidad por edades en lo que respecta a los nacimientos legítimos e ilegítimos podemos ensayar la diferenciación entre la fecundidad total de las argentinas e inmigradas.

Fecundidad comparada. — Después de múltiples y engorrosos ensayos me ha parecido que el método más objetivo y fiel es el más sencillo, consistente en aumentar para las inmigradas y reducir para las nativas los coeficientes medios hallados, en proporción a la diferencia de su fecundidad legítima global. Ella es en números redondos de 25 % en más o menos, concediendo un pequeño margen en favor de las nativas. La forma en que se han distribuido los partos ilegítimos determina la compensación necesaria en favor de las argentinas más jóvenes.

Como la aplicación uniforme de esas tasas para los coeficientes de todas las edades determina una diferencia demasiado grande en la fecundidad de las menores de 20 años de uno y otro grupo, he hecho una corrección complementaria, suponiendo para ellas una diferencia en más y en menos de sólo 12,5 por ciento. Suponer la fecundidad igual en esta edad para ambos hubiera sido contrario a todas las comprobaciones hechas.

11.—*Coefficientes de fecundidad de argentinas e inmigradas según la edad.* (Promedios de 1909 y 1914)

EDADES	% argentinias	% inmigradas	Promedio
Hasta 19-11.....	65,5	84,1	74,8
—			
12			
20-24	113,7	189,5	151,6
25-29	143,4	239,1	191,3
30-34	112,1	186,9	149,5
35-39	92,9	138,1	110,5
40-44	38,3	63,7	51,0

Podemos ahora determinar la natalidad real de uno y otro grupo y del conjunto, refiriendo los coeficientes hallados a un número de mujeres de 15 a 45 igual al que correspondería de acuerdo con la composición de edad y sexual de la población de la república. La tabulación de detalle es más explicativa de la enorme diferencia entre las argentinas e inmigradas que el cálculo global sobre la base del número normal de partos hallado con los coeficientes medios.

Fecundidad de las mujeres de Buenos Aires
(Promedio 1909-1914)

EDADES	Mujeres en edad sexual (No. Nór.)	Partos según los coefic. med. edad	Partos si fueran todas argentinas	Partos si fueran todas inmigradas
11				
Hasta 19 —..	81.760	6.116	5.355	6.876
12				
20-24 ...	77.050	11.681	8.761	14.601
25-29 ...	64.981	12.431	9.323	15.539
30-34 ...	47.246	7.063	5.295	8.831
35-39 ...	41.653	4.543	3.405	5.681
40-44 ...	31.129	1.588	1.191	1.985
Totales	343.819	43.422	33.330	53.513

La demografía real. — El número de mujeres en edad sexual que tendrá Buenos Aires de ser su composición igual a la medida de la república es inferior en más de 40.000 al registrado por el censo. La diferencia es todavía mayor en las edades más fecundas, entre los 20 y los 30 años. Debido a lo segundo, la fecundidad aparente de las mujeres de Buenos Aires es mayor que la real: el promedio bruto de los años 1909 y 1914 es sensiblemente más elevado que el que resulta de los coeficientes de cada edad aplicados a un grupo de composición normal; 130,2 en vez de 126,3. Esto contribuye a que el número anormalmente elevado de mujeres determine una natalidad *aparente* mayor que la real.

Si la composición de edad y sexual de Buenos Aires fuera la del promedio de la república, la fecundidad actual de sus mujeres sólo le daría una natalidad de alrededor del 26,2 por mil, en vez de alrededor del 33,4 por mil, promedio bruto de los años censales.

Esta comprobación es de gran interés práctico, porque demuestra, lo mismo que la mortalidad real, que los *índices demográficos brutos de la capital no son comparables con los del conjunto de la república, ni con los de ciudades europeas, y que ellos son en realidad mucho menos favorables que su apariencia.* Incluso los de nupcialidad. Para que la nupcialidad de Buenos Aires pudiera considerarse superior a la media de la república, tendría que exceder de ella en más del 12 por ciento.

Debemos también prever una disminución progresiva de la natalidad aparente de la capital, sin que ello pruebe una menor

natalidad real, a medida que desaparezca la actual desproporción entre los adultos y las otras edades, como consecuencia de la falta de inmigración. Sería interesante poder averiguar en que medida este solo hecho ha influido sobre la disminución de los nacimientos de los últimos cuatro años comúnmente atribuida en su totalidad a la crisis.

Demostrativa es ya la comparación entre los años 1909 y 1914. En este último el número de mujeres en edad sexual es relativamente menor que en 1909. Para el primero, los 42.705 nacimientos representan un 34,7 por mil sobre el 1.232.000 habitantes censados entonces; y para el segundo, la natalidad aparente fué solo de 32,1 por mil. Sin embargo, las mujeres en edad sexual de este último año tuvieron más hijos que las de 1909 (130,9 por mil contra 129,6). De haber sido la misma su fecundidad que en 1909, la natalidad aparente de 1914 habría descendido a 31,8 por mil, a igual fecundidad, la natalidad aparente subiera sido un diez por ciento menor que en 1909.

En cambio, la mortalidad real de Buenos Aires es más elevada que la aparente, debido al mayor número relativo de adultos y jóvenes que en el promedio de la república. Si la composición de edad de los habitantes de la metrópoli fuera normal, manteniéndose igual en ella, el número total de argentinos y de inmigrados, en 1914 debieran haberse registrado 25.220 defunciones de acuerdo con los coeficientes de mortalidad por edad, en vez de las 23.486 efectivas. La primera cifra da una mortalidad real de 16,0 por mil, en vez de la media aparente de los dos años censales, que es sólo de 15,1 por mil.

La capacidad vegetativa real de la población de Buenos Aires, corregida en su composición de edad y sexual, es pues sólo de 10,2 por mil (26,2—16,0), en vez de 18,3 por mil. Conviene tenerlo presente al comparar la demografía de Buenos Aires con la de ciudades argentinas y extranjeras de muy diferente composición.

La capacidad vegetativa de argentinos e inmigrados. — Las diferencias entre la natalidad y mortalidad reales y aparentes de la población de Buenos Aires y la total de la república son poca cosa al lado de las existencias entre sus habitantes nativos e inmigrados.

De ser nativa toda la población de Buenos Aires y conservar en esas condiciones sus índices actuales, sobre una composición normal, en vez de los 43.400 nacimientos que corresponden a esa composición, hubieran sido en 1914 solo 33.000. De ser toda entera inmigrada esa población normal, los nacimien-

tos hubieran sido nada menos que 53.300, o sea, 3.000 más que los registrados y 10.000 más que el número correspondiente a la población mixta actual normalizada en su composición. Los índices de natalidad que corresponden a la población argentina e inmigración corregidas son pues:

Argentinos	21,15
Inmigrados	33,96

Relacionados estos índices con la mortalidad corregida de argentinos e inmigrados (17,75 y 15,08 por mil), obtenemos la *capacidad vegetativa real* de un otro y otro grupo, que es, respectivamente:

Argentinos	3,40 por mil
Inmigrados	19,88 „ „

De manera que sin la inmigración ultramarina e interna, si la población de Buenos Aires constara totalmente de inmigrados, ella se duplicaría cada treinta y cinco años, y si constara totalmente de nativos, necesitaría más de *doscientos* años para duplicarse, de acuerdo con las tablas de interés compuesto.

Pero esto, en la hipótesis de que siendo la población homogénea y se mantuvieran los actuales índices demográficos. Ello parece probable para los inmigrados, pero no para los nativos, desde que en las localidades donde ellos predominan en absoluto y que no se ven aquejadas por graves epidemias, o por esa degeneración progresiva que parece realizarse en algunas, la capacidad vegetativa de los argentinos es mayor.

La conclusión directa me parece sin embargo no dejar lugar a dudas, y es la anunciada al principio de este capítulo: *donde la población nativa es puesta en contacto con una gran masa inmigrada tiende a ser desalojada por ella.*

En Buenos Aires, de mantenerse los coeficientes actuales, dentro de cincuenta años habría unos dos millones de hijos y sobrevivientes de los 778.000 inmigrados registrados en 1914, para sólo 1.200.000 hijos y sobrevivientes de los 789.000 nativos de esa misma fecha.

Si tenemos en cuenta que una gran parte de los nativos son hijos o nietos de inmigrantes, y en las dos líneas a la vez, porque los matrimonios mixtos son una pequeña minoría, se impone la sospecha de que el activo comprobado corresponde todo a éstos y que los criollos propiamente dichos, que la obser-

vación directa encuentra por lo general en los puestos menos favorecidos, se encaminan en Buenos Aires a la extinción absoluta.

III.—DISCUSIÓN Y CONCLUSIONES

Estas conclusiones serán sin duda odiosas al “patriotismo” de los argentinos de 1840, para quienes un cierto número de pigmento cutáneo y capilar es condición de la verdadera nacionalidad; y se ha de ignorarlas, o se rebuscarán interpretaciones fantásticas para negarlas, de parte de los que consideran conveniente adular la xenofobia retrógrada de los desalojados y sus caudillos. Pero quienes piensan que la argentinidad no depende del pigmento ni de la serie de antepasados, sino del grado de incorporación efectiva a la vida nacional presente y de la útil participación en ella, aunque se sea “extranjero”, y que puede ser tan buen argentino el de más bronceada tez como el más rubio, en la medida de esa participación, hallarán a las comprobaciones hechas un sentido que tiene la ventaja de conducir a conclusiones prácticas.

Demografía y nivel de vida. — Que la inferioridad demográfica de los nativos sólo es explicable por una menor capacidad económica es evidente si se consideran las relaciones, puestas de relieve por numerosos investigadores, entre la morbilidad y la nupcialidad por una parte y la pobreza por otra. Es cierto que los grupos más fecundos son a menudo los más pobres, pero esto no contradice lo anterior, desde que hemos visto que la fecundidad de las nativas casadas es al menos igual a la de las esposas inmigradas más prolíficas. Tenemos además la comprobación directa del predominio de los inmigrados en las ocupaciones más lucrativas. Podemos admitir sin caer en la fantasía, que la demografía de unos y otros es índice de su nivel de vida.

Corroborar esta interpretación el hecho muy significativo de que la población inmigrada de Buenos Aires tiene aquí una demografía muchísimo más favorable que la de las grandes ciudades de sus países de origen. Puede comprobarse particularmente en los grupos más numerosos, de italianos y españoles. Es verdad que, gran parte de esta superioridad debe atribuirse a las mucho mejores condiciones sanitarias de Buenos Aires, gracias a sus obras de salubridad, afirmados, etc. La misma ventaja se observa en la mayoría de nuestras pobla-

cionēs litorales, aunque debida a otras causas: escasa densidad de la edificación y ausencia de tugurios. Pero la menor mortalidad, relativamente a los nativos, de esos españoles e italianos que forman el ochenta por ciento de la población inmigrada de Buenos Aires, demuestra cuanto contribuye también a ella el más alto nivel de vida aquí conquistado por su mayoría.

Rebuscando interpretaciones artificiosas en el deseo de negar la evidencia, podría sostenerse que la masa inmigrada es producto de una selección y que, por tanto, ha de estar formada por los más aventureros y robustos. Esta suposición no se funda en hecho alguno. Lo contrario podría también sostenerse con igual apariencia plausible al menos: que los que emigran son los menos aptos, desalojados en la competencia por los más capaces, quienes consiguen ocupar los puestos disponibles. Pero estas son conjeturas que a nada conducen, si bien puede presumirse alguna selección en ciertas inmigraciones, como la de uruguayos y otros sudamericanos, que parecen formar parte en su mayoría de las capas sociales superiores de sus respectivos países. Tales hechos de excepción confirman la regla. Si no queremos caer en la vaguedad y la fantasía, debemos buscar una explicación más objetiva de la mayor capacidad técnico-económica del conjunto de los inmigrados.

Educación y aptitudes económicas. — El único dato estadístico preciso de que podemos disponer para apreciar el nivel medio de cultura de los diferentes grupos nacionales es el número de los que entre ellos saben leer y escribir. Eligiendo en las respectivas tablas censales las colonias más numerosas en el conjunto de la república, encontramos las cifras absolutas presentadas en el cuadro que sigue, referentes a los mayores de seis años, completados con la proporción de los alfabetos de cada grupo, que no dan las tablas originales. No cuento sino los alfabetos, porque aún ellos son en cierto modo sospechosos, dada la grosera apreciación que sirve de base al calificativo de "sabe leer y escribir".

Alfabetos en los principales grupos

Total de la República (de 7 años arriba)

Nacionalidad	Analfabetos	Semi alfa.	Alfabetos	Totales	% de alfabet.
Argentinos .	1.471.225	112.682	2.420.406	4.004.313	60,5
Espanoles	213.222	29.819	561.820	804.861	69,8
Franceses	10.788	1.901	65.955	78.544	83,9
Italianos	332.146	16.826	565.817	914.789	61,8
Otomanos	43.233	764	18.184	62.181	29,1
Rusos	32.753	3.255	53.052	89.060	59,5
Uruguayos	18.159	1.495	63.781	83.425	76,4
Varios y total	2.213.916	172.096	3.915.949	6.037.173	64,8
Total					
inmigrados	742.691	59.414	1.495.543	2.032.860	73,5

Este cuadro está lleno de sorpresas que han ignorado los comentaristas oficiales del censo.

Ante todo, conviene advertir que el error en que se ha incurrido, de tomar como base para el recuento la edad de 7 años en vez de la de 10, da una noción errónea del grado de alfabetismo de la población nativa, porque unos doscientos mil de los analfabetos y semi alfabetos así incluídos dejarán de serlo, o porque ya concurren a la escuela, o porque concurrirán un poco más tarde. En la población inmigrada los niños de 7 a 9 años inclusive son una cantidad muy pequeña (sólo 58.000).

Ensayando una rectificación que, forzosamente, es apenas aproximada, sería "alfabeto" alrededor del 67 por ciento de los argentinos de diez años arriba. Pero sólo a los fines de la comparación con los otros grupos censados con igual método. Porque el examen de los conscriptos del último quinquenio, así como el de los nuevos inscriptos en los registros electorales, demuestra que son totalmente analfabetos el 30 por ciento de los argentinos de 20 años de edad de las últimas generaciones, esto es, las más favorecidas en materia escolar, y no sabe escribir otro diez por ciento.

Prescindiendo de esta observación positiva, los nativos mayores de 10 años, resultan en el conjunto menos educados escolarmente que los inmigrantes, entre los cuales la misma corrección conjetural eleva ligeramente la proporción de alfabetos: al 76 %.

La mayor sorpresa de ese cuadro es la de que, mientras los italianos de la Argentina acusan un analfabetismo más o menos igual al de su país de origen (en 1911 un 32,6 por ciento entre los varones y 42,4 entre las mujeres mayores de 6 años) (6), los españoles se presentan con una notable superioridad. En España los analfabetos de 10 años de edad para arriba, sin contar los semianalfabetos, serían en 1900 el 58,7 % según una fuente dudosa (7). Según el Stateman's Yearbook, en 1910, el 33,4 por ciento de la población (¿total?) sabía leer y escribir. Para la Argentina, sus 3.915.949 alfabetos dan un 49,7 por ciento sobre la población total, mitad más que el mencionado coeficiente atribuido a España en una publicación fidedigna.

¿Cómo podría explicarse la superioridad que en materia de alfabetismo demuestran los españoles de la Argentina? Por una de dos causas o ambas conjuntamente: que en las regiones de que proceden en mayoría, el nivel de la educación popular es muy superior al conjunto del país, o que muchos aprenden aquí por su cuenta a leer y escribir.

En Buenos Aires este fenómeno es aún más resaltante. En tanto que han declarado saber leer y escribir tres de cada cuatro españoles censados, sólo eran alfabetos dos de cada tres italianos.

Pero en ella los que aquí revelan mayor escolaridad, son los nativos, con un 90 por ciento de alfabetos, que debe elevarse al 95 por ciento al menos excluyendo los menores de diez años que van o irán a la escuela. (Las estadísticas de la conscripción dan también aquí una proporción algo mayor de analfabetos. En cambio, los inmigrantes cuentan sólo un 72 por ciento de alfabetos, menos que en el conjunto de la república, lo que se debe a contar la capital un número proporcionalmente mayor de otomanos y rusos.

Estos datos agregados a las estadísticas de ocupación y de mortalidad, etc., demuestran que *no hay correlación necesaria entre la educación escolar común, tal cual ella se efectúa, y la aptitud técnicoeconómica.*

Sin duda, a igualdad de las otras circunstancias determinantes de esta aptitud, está en mejores condiciones el que ha gozado de más educación escolar, por la disciplina que sus métodos inculcan, por las oportunidades de mejorarse que ofrece

(6) Stateman's Yearbook for 1916.

(7) Tomo el dato del tomo I de nuestro censo, pág. 172, donde figura sin mención de fuente.

el hábito de la lectura y hasta la simple capacidad de leer y escribir, sin contar las aptitudes económicas auxiliares representadas por las nociones académicas, ni el acicate de su cultura. Pero conviene tener muy presente que eso ocurre a *igualdad de las otras circunstancias* determinantes de la aptitud técnicoeconómica...

La escuela elemental y la secundaria no hacen profesionales. Y donde, como entre nosotros, la escuela es en exceso libresca y verbalista, no procura una educación integral y, menos todavía, hábitos económicos y aptitudes técnicas generales utilizables en cualquier oficio.

Además, sería tener de la educación un concepto erróneo al atribuirle exclusivamente o en su mayor parte a la escuela; especialmente tal como ella está constituida y funciona entre nosotros, y cuando su paso por ella es de corta duración.

La tradicional "escuela de aprender", y de aprender solo en los libros, proporciona una educación incomparablemente más limitada, por intensivos y extensivos que sean sus estudios, que la "escuela de la acción", como la llamara Lay, en que el educando *hace* las cosas que se enseñan, para adquirir las nociones como un resultado viviente de su acción, y no como un catálogo muerto. Pero "la escuela de aprender" procura una educación aún más limitada relativamente a la vasta escuela de la vida diaria.

Aun cuando nuestra escuela fuera de acción genuína de acuerdo con las más modernas ideas psicológicas, si su programa se atuviera con exceso al marco académico, — que en la educación elemental dogmática y rígidamente esquematizada recuerda hoy todavía el *trivium* y el *quadrivium* de los escolásticos—, nos daría adolescentes en condiciones de inferioridad económica relativamente a los inmigrados que dan el tono al conjunto de éstos. ¡Malgrado su menor bagaje escolar!

Los inmigrados traen consigo una suma de educación en otros órdenes de que carecen los nativos y es la más fundamental de todas: hábitos de trabajo más intensivo, hábitos de economía, y aptitudes técnicas que no pueden dar las disciplinas generales de la escuela común.

Porque una cosa es esa "técnica" infantil, que puede adquirirse mejor en la casa que en la escuela académica, de recortar, cortar y pegar papelitos, cartones o maderas, ajustar piezas hechas y moldear un medallón de cera o una velita de estearina, etc., y otra la *técnica* en serio, para ser algo más que un jornalero... o un tinterillo de oficina muerta.

El inmigrante más o menos calificado de España, Italia y Rusia (éste israelita) y con mucha mayor razón el del occidente y centro europeos, ha podido adquirir en su región de origen, aunque ella sea de pequeña industria o exclusivamente agraria, algún oficio, cuyos secretos transmite la tradición e inculca el ambiente en las regiones atrasadas, y completa y metodiza la escuela práctica en las más cultas. ¿Cuánto carpintero, albañil, herrero y agricultor analfabeto o poco menos no encontramos a diario entre los italianos y españoles? ¿Cuánto empresario cuya letra y gramática los haría rechazar de un cuarto grado elemental? Rutinarios en grado sumo, porque la tradición que siguen es para ellos un dogma, y las operaciones que ella prescribe, otros tantos ritos. Pero concienzudos, amantes y respetuosos de su oficio, y más capaces de hacer suyas las innovaciones y comprender los principios científicos que quien ni tradición tiene en su haber. Y en este caso está el nativo.

Región exclusivamente pastofil hasta hace medio siglo, vuelta agrícola y luego industrial por obra del inmigrante, la Argentina tiene hoy todavía una agricultura y una industria *postizas*. El transplante europeo se ha aclimatado y desarrollado lozanamente, pero gracias a las propias manos que lo trajeron.

Tan postizas son todavía esas artes, que vemos en el ministerio de agricultura un pulular de oficinas cuyos "peritos" muy a menudo no han plantado una espiga, y los hay hasta abogados. Las escuelas oficiales de agricultura han sido denunciadas con acopio de pruebas como meras fachadas sin contenido real, de las que solo pueden salir verbalistas. Las industriales no son mejores por lo general. Salvo excepciones, los "agricultores" y "maestros" de oficios que salen de ellas son bachilleres, que se saben de memoria algunos libros, pero, de la realidad, conocen menos que el cultivador y el artesano empíricos, que nada saben de libros. ¡Son éstos casi los únicos verdaderos maestros que entre nosotros han contado positivamente hasta ahora!

En la chacra precaria, que hoy se planta en estas tierras y mañana en otras, en el pequeño taller más o menos improvisado y trashumante, en las pocas fábricas propiamente dichas, casi todas obra de inmigrados, en los negocios pululantes, en su mayoría tan inestables como las chacras, en suma, en las actividades empíricas propias de la atrasada cultura técnica de los pueblos que forman la masa principal de nues-

tra inmigración, allí está aprendiendo el nuevo argentino la agricultura, la industria y el comercio más que en las escuelas. No es pues extraño que su aprendizaje deje tanto que desear. Y eso, cuando consigue ser admitido a él. Porque la solidaridad nacional induce, humanamente a preferir al asalariado y al socio del mismo origen...

Nuestra escuela, aunque mucho bueno realiza, con su academicismo tiende a sugerir desprecio por el trabajo manual, y aleja del campo. No arma pues al nativo para la competencia en tan desfavorables condiciones. Más bien lo desarma.

De hecho, su sistema es *contravocacional*, porque no sugiere más vocación, aparte de la universitaria, que la del empleado oficinista; del gobierno, si es posible; de tienda si no hay más remedio. En la escuela primaria, el mal no sólo proviene de los programas sino ante todo del maestro, que la normal *urbaniza* irremediabilmente y aleja de las tareas manuales. En la secundaria, de sus programas enciclopédicos y su organización.

En todo lo fundamental, nos mantenemos estancados en las ideas y prácticas norteamericanas de mediados del siglo XIX, de cuyo más prestigioso propulsor, Horacio Mann, se hiciera portavoz nuestro gran Sarmiento. El conocido conservatismo de los pedagogos por una parte, y por otra la indiferencia o el error de los dirigentes oficiales, han dejado pasar poco menos que inadvertidas las fases que la evolución escolar ha traspuesto desde entonces en Estados Unidos, como en los países más cultos. Es verdad que la tentativa del ex-ministro Saavedra Lamas instituyendo la escuela intermedia se inspiraba, teóricamente, en fines unitiliterarios. Pero, aparte de que es materialmente imposible improvisar en gran escala una reforma tan compleja, sus bases de organización y sus programas eran otros tantos errores de fondo.

Ningún ensayo positivo se ha hecho. Apenas si en algunos métodos se ha recogido un débil eco de la introducción del trabajo manual con fines pedagógicos generales. Pero esta misma fase puede considerarse ya virtualmente sustituida por la orientación positiva propiamente dicha, con fines de aplicación a la vida diaria del aprendizaje ofrecido por la escuela popular, orientación impuesta por la moderna evolución industrial, cívica y social.

Nuestra escuela se va quedando así muy atrás de la evolución técnicoeconómica y social del país y del mundo, cuando,

para llenar cumplidamente su misión, debería adelantarse a ello..

Las oportunidades de aprendizaje. — En la primera parte de este trabajo se ha hecho notar que la regla general del predominio del inmigrado en las ocupaciones más calificadas sufre algunas excepciones, y que ellas coinciden con los casos en que el nativo goza de oportunidades positivas de educación escolar técnica o de aprendizaje práctico. Buscan o en el censo de las profesiones los oficios manuales en que los varones nativos son tanto como los inmigrados o más, solo encontramos los siguientes, cuya enumeración en detalle es muy expresiva:

Oficios	Nativos	Inmigrados
Electricistas	5.754	5.756
Encuadernadores	1.184	737
Linotipistas	438	275
Litógrafos	622	629
Pintores	11.099	10.883
Plateros	662	298
Talabarteros	5.474	3.326
Tipógrafos	4.633	2.064
Toneleros	912	1.042
Administradores comerciales...	456	356
Agentes de seguros y varios...	589	229
Empleados de comercio	35.254	35.771
Rematadores	1.058	354
Empleados ferroviarios	5.844	4.991
Prácticos (de río)	305	78
Radiografistas	108	35
Telefonistas (8)	925	335
Telegrafistas	5.001	715
Dibujantes	967	899
Músicos	2.136	2.322
Entrenadores y jockeys	792	228
Capataces (¿de campo?)	2.310	1.398

Vemos en estos oficios figurar los dos extremos: los más modernos, como los electricistas y telegrafistas, y los de más castiza tradición colonial como los talabarteros y los plateros. Las administraciones públicas y las escuelas existentes ofrecen especiales facilidades a los primeros, y los diarios repre-

(8) Varones y mujeres, éstas en mayoría entre los telefonistas.

sentan equivalentes para los gráficos. El cuero y la plata son las materias que se trabajaron desde la fundación de la colonia, y hay por tanto una larga tradición del aprendizaje para ellas. Sin embargo, sabido es que todas las grandes tala-barterías y platerías están hoy en manos de propietarios inmigrantes o hijos de inmigrados.

El caso de los pintores es particular. Aparte de que entre los censados bajo ese rubro predominan los menos calificados, se trata de un oficio que reclama tan poco esfuerzo físico como habilidad técnica. Ambas circunstancias explican por igual el equilibrio entre los pintores nativos y los inmigrados, como las contrarias explican que de albañiles, carpinteros y herreros se cuenten solamente 55.000 nativos para 98.000 inmigrados.

En cuanto a los empleados de comercio, los músicos, dibujantes, etc., las facilidades de que gozan los nativos para el aprendizaje de estas ocupaciones explican sobradamente su número.

Lo mismo se observa en los oficios manuales más calificados en que están equilibrados o predominan las nativas. Además de telefonistas y telegrafistas, ellos son solamente los de bordadora y tejedora en que las nativas llegan a 30.100 y las inmigradas son solamente 2.300. Están además las 124.000 costureras nativas, contra sólo 19.000 inmigradas. Numerosas escuelas clericales enseñan muy bien a bordar, coser y hacer encajes, con el objeto de formar personal idóneo para sus lucrativos talleres. Además, entre las "tejedoras" están incluidas las que, en las provincias del norte, practican todavía la interesante industria indígena de las mantas y tapices tejidos en telares a mano.

En cambio, un sugerente ejemplo de las dificultades que para la educación técnica de los nativos representa la insuficiencia de escuelas adecuadas y el estar prácticamente la industria bajo el control de los inmigrados, lo que pone en sus manos el del aprendizaje, lo tenemos en el número de modistas. Para 17.000 inmigradas hay sólo 28.000 nativas, cuando, en proporción a las ocupadas de uno y otro origen, el número normal de estas últimas sería de 42.000.

Que los inmigrados son favorecidos para el aprendizaje tiende a demostrarlo el número de los que han sido censados bajo el rubro de aprendices: 3.097 varones nativos y 1.091 inmigrados. Si admitimos como edad del aprendizaje industrial la de 13 a 15 años cumplidos, el número de nativos en esas condiciones es más de cinco veces el de inmigrados (204.305

contra 39.217). Por otra parte, esa miserable cifra de 4.000 adolescentes con el título formal de aprendices industriales — uno por cada sesenta en las edades mencionadas, y uno por cada ochenta si se agregan los de dieciseis años cumplidos — está enteramente fuera de proporción con el total de 410.000 asalariados de las empresas industriales y los 200.000 o más obreros calificados de fábrica y de las industrias a domicilio que da el censo de las profesiones. Ello demuestra que, hasta ahora, se ha contado solo con el inmigrante adulto como fuerza de trabajo calificado, y nada o poco menos que nada se hace para formarla aquí mismo.

¿Podemos seguir cruzados de brazos a la espera de que todo nos venga hecho de Europa, incluso los trabajadores mismos, que ya no vendrán?

Reforma educacional necesaria. — La falta de oportunidades educacionales adecuadas me parece la verdadera explicación de los que pone de relieve este trabajo. Negarla equivale a cerrar los ojos y a cruzarse de brazos. Admitirla conduce a una acción positiva de mejoramiento. Pues fuera obcecación desconocer la impostergable urgencia de que busquemos para nuestros trabajadores nativos las oportunidades de aprendizaje que no puede darles una tradición que no existe, y el nuevo medio creado por el inmigrante sólo les ofrece con la más extrema parsimonia. Para ello, es necesario imprimir una dirección más positiva y utilitaria a la educación general; y, sin perjuicio de cuidar y desarrollar las escuelas profesionales, preocuparse de orientar la educación popular en el sentido *vocacional*, en sus cuatro ramos hoy ya clásicos: industrial, comercial, rural y de artes domésticas.

Implantémosla desde los grados superiores de la escuela primaria para sus propios alumnos y los recién egresados. Agreguemos cuanto antes posible esas admirables *escuelas de continuación* que en la actualidad todo el mundo culto ha imitado de Alemania, para completar la preparación general y especial de los adolescentes y jóvenes que ya trabajan. Como esbozo y primer ensayo, que los colegios secundarios se abran cursos vocacionales vespertinos y nocturnos. Esto es más factible y menos costoso que la improvisación de escuelas profesionales, que en la práctica tan a menudo fracasan por falta de preparación de su personal.

Nos pondremos así también en el buen camino de *individualizar* mejor la educación escolar, porque lo que ante todo se propone la educación vocacional es descubrir y estimular

las aptitudes latentes de cada individuo, ofreciendo a su opción oportunidades de cultivo adecuadas a las múltiples variantes individuales. A ello debe su nombre: adaptada a la *vocación*.

No se trata solo, en la democracia, de ilustrar al ciudadano elector, sino de formar al ciudadano productor y consumidor; de conseguir que cada uno de los individuos de la comunidad sean capaces de contribuir a su bienestar y de conquistar el propio en la mayor medida posible, a fin de realizar una vida superior en sentido biológico y espiritual.

En ninguna parte es la educación práctica más necesaria que entre nosotros. Pero en todos los países cultos, la nueva democracia reclama una radical reforma educacional tendiente a preparar mejor a los adolescentes para la vida. Solo puedo rozar en este trabajo tan vasta como compleja cuestión, que ya he dilucidado en parte en algunos otros, y me limitaré a aludir al poderoso movimiento que en los últimos diez años se ha desarrollado en esta dirección en los Estados Unidos, y a transcribir, como de palpitante actualidad, una expresiva frase del prestigioso caudillo de esa aristocracia obrera norteamericana que es la "Federación americana del trabajo", Mr. Samuel Gompers. Se trata de un hombre que ha demostrado estar imbuído en el más rancio individualismo. Sus palabras son pues más significativas que en boca de un genuino innovador social. Tanto más que, hasta hace poco tiempo, las corporaciones obreras norteamericanas habían asumido una actitud más bien contraria a la educación escolar profesional, por espíritu corporativo que las inducía a limitar el aprendizaje y mantenerlo dentro de las viejas formas. Hélas aquí:

"Los laboristas admiten que el hombre no puede vivir de pan solamente, pero sostienen que el pan es lo que permite coordinar su poder físico con el objeto de alcanzar sus propósitos y sus ideales espirituales. Los niños y las niñas salen de la escuela y comienzan a trabajar. *La escuela no habrá servido para nada si el alumno no emprende su tarea en la fábrica o en la tienda con el sentimiento de maestría y estimación propia con que trabaja un profesional*". (Telegrama oficial norteamericano. "La Nación". Octubre 21 de 1918).

Sólo mediante la reforma educacional podremos resolver el fondo de la cuestión. Y así quedarían, de paso, combatidos los males que la competencia del inmigrado ha traído al nativo, desalojándolo, a veces quizá sin justicia, y *comprimiéndolo* con exceso. Evitaremos así mucha destrucción innecesaria de

energías vivas, y conseguiremos que las aptitudes hoy abandonadas, cuando no destruídas en potencia, puedan actualizarse. Y sólo así hemos de impulsar resueltamente al conjunto del pueblo en el camino de las actividades económicas y sociales de la más avanzada cultura.

Las sumas que a esta obra se dediquen tienen que producir intereses compuestos, ofreciendo a nuestros adolescentes varones y mujeres las facilidades económicas de que hoy carecen en su casi totalidad, a las futuras esposas la de aprender a hacerse buenas administradoras del hogar, inteligentes madres y más productivas colaboradoras, y a los adultos, tanto inmigrados como nativos, los medios de introducir más inteligencia y más ciencia en los oficios rutinarios. Y esa es también verdadera *educación integral*.

Tanto más se impone la reforma educacional, cuanto que debemos contar sólo con la masa de población que hoy tenemos, sin esperar nuevos aportes ultramarinos de trabajadores calificados. Hacerla más productiva es hacerla más rica, más sana y más numerosa. Y es ponerse a compás del progreso económico en las naciones más cultas, y al abrigo de su imperialismo.

AGUSTO BUNGE.